

# La Ilustración Artística

Año XXVIII

BARCELONA 2 DE AGOSTO DE 1909

Núm. 1.440

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



LA MÚSICA, pintura al fresco de Bernardino Pinturichio (1454-1523)

que forma parte de la serie de las siete artes liberales que adornan la sala de los Clásicos del departamento de los Borgias, en el Vaticano

## ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie de 1909, que es

MEMORIAS DEL GENERAL KUROPATKIN libro interesantísimo en el que el ilustre caudillo ruso describe las causas de la guerra ruso-japonesa, los motivos que influyeron en su resultado y los hechos militares de la misma.

## SUMARIO

**Texto.** — *Revista hispano americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Por el linaje*, por Juan B. Enseñat. — *San Sebastián. Las regatas. Llegada de S. M. la reina Victoria. — La campaña de Melilla. — La princesa Beatriz de Sajonia Coburgo Gotha. — El profesor Víctor Malleucci. — Aristides Briand. — Problema de ajedrez. — El archivo de Guibray*, novela original de Mauricio Montegut, con ilustraciones de Marchetti. — *La travesía del Canal de la Mancha en aeroplano. El triunfo de Bleriot. — La reconstitución del diamante por el vizconde Eugenio de BoisMENU.*

**Grabados.** — *La Música*, pintura de Bernardino Pinturichio. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *Por el linaje*. — *En el campo*, cuadro de Max Slevogt. — *Día de descanso*, cuadro de Pla y Rubio. — *Fiestas en San Sebastián. — D. José Marina Vega. — Mapa del teatro de la guerra actual en Melilla. — Ocho fotografías de la campaña de Melilla. — Emboscada*, cuadro de A. Fougerousse. — *Junto al estanque*, cuadro de P. Ribera. — *El Sábado Santo. Los discípulos después de la muerte de Jesús*, cuadro de E. Burnand. — *Beatriz de Sajonia Coburgo Gotha. — Víctor Malleucci. — Aristides Briand. — El triunfo de Bleriot en su aeroplano. — El vizconde Eugenio de BoisMENU y varios diamantes por él obtenidos. — Barcelona. Salón de fiestas en la cumbre del Tibidabo.*

## REVISTA HISPANO-AMERICANA

**Perú:** unas horas de revolución: asalto del palacio presidencial y momentánea cautividad del presidente. — **Colombia:** revolución fracasada: el general Reyes en Europa: la situación interior del país. — **Bolivia:** la cuestión de límites con el Perú y el fallo arbitral del presidente de la República Argentina. — **Honduras:** el proyecto de arreglo con los acreedores extranjeros. — **Cuba:** la reclamación de España por la deuda de la isla.

Llegó el correo del Perú con informes muy curiosos sobre los sucesos del día 29 de mayo. La tentativa revolucionaria fué un golpe de mano de los más audaces.

Tiempo hacía que los partidos demócrata y liberal, unidos bajo la dirección de Piérola, Billinghurst y Durand, iban tomando preponderancia y habían abierto ruda campaña contra los nacionalistas y civilistas, aliados para dar el poder al Sr. Leguía, y ahora divididos. Se presentía el peligro, y cuando llegó mayo hubo indicios muy claros de que se tramaba algo contra el gobierno. Éste se puso en guardia, y sus adversarios decidieron obrar de modo rápido e imprevisto para ganar por sorpresa una victoria que, según plan organizado y ya en parte conocido, podía convertirse en tremendo desastre.

En efecto, en las primeras horas de la tarde del citado día 29 grupos de hombres armados que capitaneaban Isaías y Carlos Piérola penetraron en el palacio presidencial; forzando las guardias, lo invadieron hasta el mismo despacho del presidente, que en aquel momento conferenciaba con el jefe del gabinete D. Eulogio Romero. Apresado el Sr. Leguía, lo condujeron por pasillos y patios del palacio, y luego por calles y plazas de Lima; iban por ellas los revolucionarios en el mayor desorden y confusión, sin ponerse de acuerdo respecto al lugar adonde convenía llevar al presidente. Por fin llegaron al pie del monumento de Bolívar, y allí hizo alto el grupo: sus jefes redactaron, utilizando papel y tinta que les proporcionó un negro, orden dirigida al jefe del Estado Mayor para que pusiera las tropas a disposición de uno de los Piérola, y con amenazas exigieron del Sr. Leguía que la firmara. El presidente se negó resueltamente. Otro grupo de conjurados, que se apoderaron del jefe del gobierno, tuvo más fortuna; consiguieron que el Sr. Romero firmase orden análoga, que no surtió efecto, porque el general Paz al recibirla se negó a cumplirla é hizo prisionero al que la llevaba.

En un principio, las gentes que transitaban por las calles de la capital inmediatas al palacio veían con asombro aquel ir y venir de los grupos. Se dió el caso de pasar fuerza armada por la misma plaza en que se hallaba el presidente rodeado de sus enemigos, sin que se enterase de lo que sucedía. Mas pronto empezó a cundir la voz de que había revolución, y el pueblo, que aún no veía tropas ni aparato bélico, permanecía indiferente ó indeciso.

Poco después, rehecha la guardia del palacio, atacó a los que habían quedado dentro, y llegaban ór-

denes a los cuarteles, de donde salieron tropas que, como escribía un periódico de Lima, se apoderaron, á viva fuerza, de la vieja casa de Pizarro, á la que tocaba ver, al través de cuatrocientos años, reproducirse idénticas escenas y análogos combates, aunque, por fortuna, no con el mismo resultado para el jefe del poder en ella hospedado.

Entre tanto, un piquete de caballería destacado contra los revolucionarios que habían salido á las calles, llegaba á la plaza de la Inquisición y rompía nutrido fuego contra el grupo que vió al pie del monumento. Cayeron muertos ó heridos algunos, se dispersaron los demás, y entre la confusa masa de los que huían ó caían apareció y se dió á conocer, ileso, el presidente de la República. «Gracias, señor capitán...» fueron las primeras palabras que dirigió al alférez que mandaba el destacamento.

Y todo quedó concluído: Pasaron de 30 los muertos y de 100 los heridos; entre ellos muchos ciudadanos que tranquilamente se hallaban en las puertas ó balcones de sus casas ó transitaban por las calles.

Al siguiente día daba un manifiesto el presidente. «El atentado—dijo—que ayer presencié atónita Lima marca una hora de oprobio en las páginas de nuestra historia. Palacio asaltado, asesinados mis guardias, irrespetuosamente tratada la magistratura suprema y muchas vidas sacrificadas por causa de una ambición desatentada y absurda... La hora amarga ha pasado; el orden se ha restablecido, mediante una reacción pronta y enérgica; la paz pública, supremo bien de las naciones celosas de sus deberes, se ha consolidado, y no es dudoso que marcharemos en lo futuro á conquistar un progreso firme y duradero, sin que nos inquiete siquiera el temor de que el crédito de la nación sufra quebranto en el extranjero, porque antes bien se ha comprobado que la pasión revolucionaria no alienta ya en el corazón del pueblo peruano.»

Y así es, en verdad. El pueblo, por lo menos indiferente; el ejército, con el poder constituído. Si había, como algunos suponen, batallones comprometidos, no respondieron á la voz de los revolucionarios.

Otra revolución fracasada en Colombia. Los recientes tratados con Panamá y Estados Unidos y las invasiones del Perú en territorios que Colombia supone suyos, invasiones que, según los exaltados, no debía tolerar el gobierno colombiano, han sido la razón ó pretexto de los que en Barranquilla se alzarán en armas contra el general Reyes.

La revolución fué dominada pronto; mas persiste la protesta popular contra los tratados, protesta que aprovecha el partido liberal para crear dificultades al gobierno, y sigue en pie la histórica cuestión de límites con el Perú. Por ahora, la discusión de los tratados en el Congreso queda aplazada. El conflicto de fronteras, agravado por actos que realiza cierta Compañía peruana explotadora del caucho, sufre también nuevos aplazamientos.

Entre tanto, el presidente, el general Reyes, deja la presidencia al general Holguín y se viene á Europa. Estuvo en París, marchó á Hamburgo, irá á Londres, y se dijo que pensaba honrar á España con su visita. Con este motivo, la Real Sociedad Geográfica de Madrid, recordando las expediciones y trabajos del general en el oriente colombiano, precisamente en esos territorios objeto del litigio con el Perú, le ha conferido el título de socio honorario.

De la situación interior de Colombia hay noticias muy contradictorias. Afirman unos que en las recientes elecciones para el Congreso el gobierno ha obtenido mayoría y, por consiguiente, será fácil dominar dificultades de carácter económico y diplomático, contando con el apoyo que los diputados han de prestar á los proyectos del gobierno; según otros, Reyes está decidido á renunciar definitivamente la presidencia, porque le faltan las simpatías populares, y se habla de las candidaturas de los Sres. Holguín y González Valencia.

Lo cierto es que la reconstitución interna del país se hace con demasiada lentitud. Como escribe el señor Ortiz Williamson en un periódico de Bogotá, en el fondo de la cuestión política de Colombia está latente el problema económico. Los gobiernos deben poner todo su empeño en aumentar el crédito nacional, en estimular la agricultura y las obras públicas y sobre todo en fomentar la exportación, de la que directamente depende la mejora del estado económico. Mientras esto no se logre, habrá siempre peligro de violentas soluciones políticas á mano armada.

También en Bolivia se ha alterado la vida normal

en estos últimos días, aunque no por aspiración de tal ó cual partido á gobernar, sino por una de esas cuestiones de límites que tantos conflictos vienen promoviendo en Hispanoamérica.

El presidente de la República Argentina era el árbitro en el pleito que sostenían Perú y Bolivia; dictó ya fallo, y como no satisfizo á las pretensiones de Bolivia, el pueblo se amotinó, y el gobierno, aunque procuró contenerlo y garantizar la seguridad de súbditos argentinos y peruanos, no parece que mostró en este asunto toda la corrección que debía.

Sabido es que estos arbitrajes se sentencian de modo definitivo é inapelable. Precisamente sólo así pueden tener razón de ser, puesto que á ellos se apea cuando las potencias interesadas han agotado todos los medios de ponerse de acuerdo sin haberlo conseguido. Entonces no queda más solución que la guerra ó el arbitraje. Convenido éste, las naciones que lo pactaron tienen que someterse al fallo del árbitro. Pretender que ese fallo sea objeto de deliberaciones y acuerdos del gobierno ó de las legislaturas de los países á quienes obliga, es una enormidad antijurídica.

Creemos, pues, que no tiene fundamento serio la noticia que nos trae el telégrafo, según la cual Bolivia ha resuelto someter á la aprobación del Parlamento la sentencia arbitral del presidente Sr. Alcorca. Si así fuere, estaría plenamente justificada la ruptura de relaciones diplomáticas entre la República Argentina y Bolivia.

La cuestión de la famosa deuda exterior de Honduras se halla en vías de arreglo.

Recordemos que se trata de esa pequeña República explotada inicuaemente por una turba de especuladores que reclamaban más de 100 millones de pesos oro (á 21.773.748 libras esterlinas ascendía la deuda en 1.º de agosto de 1908) por empréstitos contraídos para el ferrocarril interoceánico, y de los que sólo llegaron á poder del gobierno hondureño poco más de 5 millones de pesos, que con los intereses y primas de emisión aumentaban hasta 6.600.000 en la fecha citada.

Ahora, según arreglo propuesto por el Sr. Lionel Carden, ministro de la Gran Bretaña en Centroamérica, y aceptado por el gobierno de Honduras, se toma por base la suma de 452.000 libras como valor representativo de dicha deuda, con interés de 8'86 por 100 durante el término de la amortización del capital nominal, término que se fija en 40 años.

Ignoramos, porque no se ha dicho, el fundamento que se tiene en cuenta para señalar la base de las 452.000 libras; pero nos parece acuerdo razonable, dado lo que realmente ha recibido Honduras y el exiguo valor en bolsa de los bonos de los empréstitos. El interés del 8'86 por 100 es bastante alto.

En un informe que ha hecho persona muy competente á solicitud del ministro de los Estados Unidos en Tegucigalpa, se afirma que, salvo en lo que se refiere á la cantidad base del arreglo, que aún podría aumentarse, lo demás es completamente inaceptable. Una de las condiciones es que el gobierno hondureño habrá de ceder á los tenedores de bonos el usufructo del ferrocarril interoceánico y del muelle de Puerto Cortés hasta que quede extinguida la deuda. Para el pago de las anualidades, Honduras debe crear un impuesto adicional sobre los derechos de importación, en cuya recaudación intervendrán agentes de los acreedores.

Por otra parte, en el arreglo no están representados todos los acreedores de Honduras por la deuda de que se trata. Pudiera ser el tal arreglo, si no se atan bien los cabos, origen de nuevos conflictos financieros para Honduras.

La prensa yanqui comenta con vivo interés las negociaciones entabladas entre España y Cuba con motivo de la reclamación que el gobierno de Madrid hizo para que Cuba tome á su cargo la parte que le corresponde en la deuda de la Gran Antilla anterior á 1899.

En el tratado que los yanquis impusieron á España, negáronse aquéllos á tratar de este asunto, porque no eran los Estados Unidos los que adquirirían la soberanía de la isla; la nueva República era la obligada.

Ahora bien, si como muchos yanquis desean y suponen que ha de suceder, Cuba se anexiona á los Estados Unidos, la obligación pesará ya sobre éstos, y la anexión, pues, podría resultar bastante cara.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



POR EL LINAJE

La baronesa de Arache se había quedado viuda con tres hijos: Guillermo, Felipe y Juan. Los dos mayores eran ya hombres; el menor era todavía un niño, venido al mundo doce años después de Felipe.

La baronesa vivía en su casa solariega, mezcla de granja y de castillo sucesivamente reformado por varias generaciones de Araches, que se alzaba en la costa andaluza, entre Almería y Málaga; y no vivía más que para sus hijos, mostrándose orgullosa de su prole, realmente digna de su noble estirpe, y repitiendo á todo el que quería oírla:

—El linaje de los Araches no lleva trazas de extinguirse.

Nacida en buenos pañales, emparentada con la aristocracia malagueña, llevaba con altiva dignidad el título adquirido al contraer matrimonio con el único heredero de aquel nombre.

Durante los tres primeros años de su unión, ambos esposos temieron que se extinguiese en el barón tan noble linaje, porque el cielo parecía condenarlos á no tener fruto de bendición. Mas luego vieron pródigamente compensadas sus inquietudes con el nacimiento de tres varones.

El mayor mostróse, desde muy joven, aficionado á las ciencias naturales y particularmente á la química. Convirtió en laboratorio una de las habitaciones altas del castillo, y allí se pasaba la mayor parte de las horas del día, entre retortas y alambiques, leyendo obras de estudio ó haciendo experimentos. A los veinte años era correspondiente de varias academias, colaborador de un par de revistas, una celebridad incipiente en el mundo científico.

El segundo, Felipe, era la antítesis de Guillermo. Ardoroso y vivo, eligió la profesión de las armas y prometía hacer una brillante carrera.

Juan estudiaba humanidades bajo la dirección de un cura, que se mostraba muy satisfecho de la inteligencia y de la aplicación de su discípulo.

A principios de 1893, una noche de febrero, el castillo de Arache fué sacudido por una explosión formidable y se vieron salir llamas por la ventana del laboratorio.

La baronesa y la servidumbre, que acababan de acostarse, se levantaron precipitadamente y acudieron al lugar del suceso, donde encontraron á Guillermo tendido en el suelo junto á una retorta destrozada, exánime, con horribles quemaduras en las manos y en la cara.

Mandaron á toda prisa en busca del médico del pueblo inmediato, mientras transportaban con grandes precauciones el herido á la cama más próxima. Antes de que llegase el doctor, el primogénito de los Arache había fallecido en medio de los sufrimientos más atroces.

Poco tiempo después, Felipe, que mandaba una compañía en el ejército expedicionario de Cuba, murió heroicamente en una acción de guerra.

La duquesa quedóse sola con su hijo menor, un

Multiplicaba las entrevistas, los paseos por las alamedas del parque...

niño de once años, el único heredero de los Arache, el último de este nombre.

¡Con qué solícitos cuidados velaba constantemente la baronesa por el hijo que le quedaba! Prohibióle el estudio de las ciencias experimentales y la profesión de las armas. Ninguna carrera le parecía exenta de peligros. Exigió que Juan permaneciese á su lado, sin permitir que fuese á completar sus estudios en alguna universidad, como aconsejaba su preceptor, que ya había vaciado en el cerebro del muchacho todo su caudal de filosofía y humanidades.

Pasaron unos cuantos años de monotonía inalterable.

Juan se aburría soberanamente, ocioso en el aislamiento del castillo.

El sueño dorado, la ambición suprema de la baronesa de Arache, era casar á su hijo lo más pronto posible con alguna noble heredera del país, y á Dios gracias, la nobleza no escaseaba en Andalucía. De esta manera Juan continuaría viviendo á su lado, y ella haría saltar sobre sus rodillas media docena de chiquillos que perpetuarían el nombre de su padre.

De vez en cuando se llevaba á su hijo de visita á casa de ricas familias de la comarca que tenían hijas casaderas. Otras veces eran estas familias las que visitaban á la baronesa. Pero semejantes entrevistas tenían el don de horripilar al muchacho y de ponerle de malhumor para toda una semana. Prefería á aquel ceremonioso visiteo la vida monótona de su solitario caserón, cuya distracción principal consistía en las partidas de tresillo que jugaba con su madre, el cura y un tal Cazorro, admitido en la tertulia de la baronesa á pesar de su origen plebeyo.

Cazorro era capitán retirado, de la clase de tropa, y el favor que le dispensaba la castellana de Arache era debido á la circunstancia de haber tenido á Felipe de teniente en su compañía. Además, Cazorro había asistido á su joven compañero de armas en sus últimos momentos, recibiendo de labios del moribundo las supremas palabras de amor filial que él juró llevar á la madre ausente.

El «capitán» (raramente se le daba otro nombre) vivía en las cercanías del castillo con su hija Mercedes. La baronesa había puesto gran cariño en la muchacha, que era bonita, afable, inteligente y huérfana de madre. Mercedes pasaba largas horas haciendo compañía á la baronesa, sirviéndole de lectora, esparciendo un poco de alegría en aquella triste morada.

Con frecuencia Juan permanecía inmóvil en un rincón, leyendo su periódico ó algún libro; pero distraído por la voz fresca de la muchacha, se ponía á contemplar su gracioso perfil, su nuca blanca en que se ensortijaban ligeros mechones de cabellos negros, sus largas pestañas que proyectaban sombra en sus mejillas aterciopeladas.

Mercedes no solamente era bonita, sino que era atrayente, fascinadora. El último Arache, tímido con todas las mujeres, se mostraba expansivo y amable con la hija de Cazorro. Tratóla al principio con amistosa con-

fianza; luego aquella familiaridad se hizo más tierna, más afectuosa. Juan no se daba cuenta de ello, pero la muchacha había adivinado los sentimientos del baroncito.

Mercedes amaba á Juan por lo menos tanto como éste la amaba á ella; mas no se atrevía á esperar que pudiese realizarse algún día su sueño dorado, que consistía en llegar á ser baronesa, en llevar el nombre de Arache, aquel nombre que de tal prestigio gozaba en el país. Y coqueta como la mayor parte de las mujeres, dirigía á su amigo miradas y sonrisas tan provocadoras, que el pobre muchacho sentía subírsele á la cabeza una loca embriaguez. Jugaba con el fuego, multiplicaba las entrevistas, los paseos por las alamedas del parque, los arrobamientos á la luz de la luna, sentados los dos en un mismo banco de la glorieta, en tanto que la baronesa, el cura y el «capitán» sostenían largas conversaciones en el salón de confianza del castillo.

Un día Juan, algo pálido, pero resuelto, entabló con su madre la cuestión del matrimonio, que hasta entonces había eludido siempre, y le confesó francamente que amaba á la hija del capitán y quería casarse con ella.

La baronesa no salía de su asombro.

—Cómo, exclamó, ¡casarte con Mercedes! ¿Te has vuelto loco? ¡Una muchacha sin fortuna, sin nombre! ¡Una Cazorro!

—¡Qué importa!, replicó Juan; si tengo hijos se llamarán Arache.

—¡Y esa intriga se tramaba solapadamente en mi propia casa!.., añadió cada vez más airada la baronesa. Ese Cazorro y su hija habían trazado su plan, que llevaban á efecto con astuta hipocresía. ¡Se habían propuesto apoderarse de mi Juan y de su fortuna!..

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando un criado abrió la puerta de la estancia, anunciando al capitán y á su hija.

La baronesa les salió al encuentro y les dijo ciega de ira:

—¡Qué audacia! Han pretendido ustedes robarme á mi hijo..., apelando para ello á todos los medios de la seducción y de la falsa amistad... Váyanse de mi presencia... Esta casa está de hoy más cerrada para ustedes.

Juan trató en vano de calmar á su madre y de re tener al capitán que, mudo de asombro, cruelmente herido en su corazón de amigo leal y en su dignidad de hombre de honor, se llevaba á su hija medio desfallecida.

Como su bondad, su educación y su sorpresa no le permitieron desfogarse, Cazorro enfermó del disgusto. Tres días después falleció de un ataque de apoplejía.

Después de haber enterrado á su padre, Mercedes abandonó el país sin haber comunicado á nadie su dirección. La muchacha había aceptado con gusto la hospitalidad que le ofreció una tía materna, viuda de un comandante, que vivía sola en Madrid. Juntando sus pensiones de viuda y de huérfana y absteniéndose de todo lo superfluo, tía y sobrina se aseguraron una existencia desahogada.

Aquellos acontecimientos sumieron á Juan en una melancolía profunda. No quería ver á nadie; vivía solo con sus recuerdos. Se paseaba, triste, por las alamedas en que se había paseado con Mercedes. Sentábase en el banco de la glorieta en que tantas veces habían hablado y fantaseado juntos, y al verse solo, lloraba como un niño.

Su madre se desolaba. Se arrepentía de la violencia con que había arrojado de su casa á los Cazorro, violencia que había causado la muerte del padre y por consiguiente la orfandad de la hija. Pero su conciencia la absolvía de haber desbaratado aquel complot matrimonial: ¡El último Arache no podía casarse con una Cazorro! Por otra parte, no se le podía dejar morir de pesadumbre, y era evidente que el muchacho caminaba á pasos de gigante hacia la tumba, minado por una pena inconsolable.

El médico aconsejó que se le hiciera viajar, ó por lo menos cambiar de residencia. En otro punto que no le recordase á cada instante el pasado, quizá lo olvidaría.

La baronesa tenía casa en Madrid, aunque abandonada desde la muerte de su marido, y se trasladó con su hijo á la capital.

Había transcurrido un año desde la desaparición de Mercedes, y en tanto tiempo á Juan no se le había visto sonreír una sola vez. Nada parecía intere-

sarle, como si no existiese nada de común entre él y el mundo. Sin embargo, á su llegada á Madrid, el joven barón había encontrado, merced á sus relaciones de parentesco y amistad, alegres compañeros que habían querido hacerle tomar parte en sus diversiones.

A veces Juan se dejaba llevar á alguna francachelá, donde su cara de difunto descomponía el cuadro.



En el campo, cuadro de Max Slevogt.

Volví de la fiesta sin haberse alegrado y habiendo entristecido á los demás.

Un día la que se alegró fué la baronesa; al ver risueño á su hijo por primera vez desde la dramática escena del castillo.

Juan mostróse de pronto jovial, animado, locuaz y ocurrente.

«Ha olvidado á Mercedes» — pensó la madre.

No la había olvidado; había vuelto á verla. Encontróse con ella al doblar una esquina. No pudo evitar el encuentro. Él quedó parado, lleno de sorpresa y confusión. Ella le tendió la mano sin rencor alguno, pues no tenía de él ningún motivo de queja, y lo presentó á su tía, que la acompañaba. Aún llevaba luto de su padre, y el manto negro hacía resaltar la hermosura de su rostro. A Juan nunca le había parecido Mercedes tan bella como en aquel momento.

La llama de su amor, aún no extinguida, se avivó nuevamente en presencia de la mujer idolatrada, y ambos jóvenes se contaron las cuitas que habían amargado su existencia desde el día de su separación.

Sus corazones se habían sido mutuamente fieles, y aunque habían perdido la esperanza de ver realizada algún día la suprema aspiración de sus almas, cada uno había tomado por su parte la decisión de no contraer matrimonio con otra persona.

Juan solicitó y obtuvo el permiso de ir á visitar á las dos señoras, y se separó de ellas á la puerta de su casa con la firme resolución de manifestar á su madre su decidido propósito de casarse con Mercedes.

La baronesa no se atrevió á oponerse á la decisión de Juan. Convencida de que si oponía el obstáculo de su autoridad materna á la celebración del matrimonio, su hijo apelaría á los medios legales para poder prescindir de su consentimiento ó perdería la poca salud que le quedaba, dijo exhalando un profundo suspiro:

—¡Estaría de Dios! ¡Cúmplase tu destino, hijo mío!

Y como si con aquellas palabras descargara su conciencia de un gran peso, murmuró después de respirar con fuerza:

—El capitán me perdonará desde el otro mundo al ver que contribuyo á la felicidad de su hija.

Del matrimonio de Juan con Mercedes nacieron en cuatro años dos varones, que la abuela gozosa tuvo la dicha de hacer saltar sobre sus rodillas; y al contemplarlos robustos y hermosos, repetía con frecuencia:

—¡Ah, el linaje de los Arache no corre ya peligro de extinguirse!

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



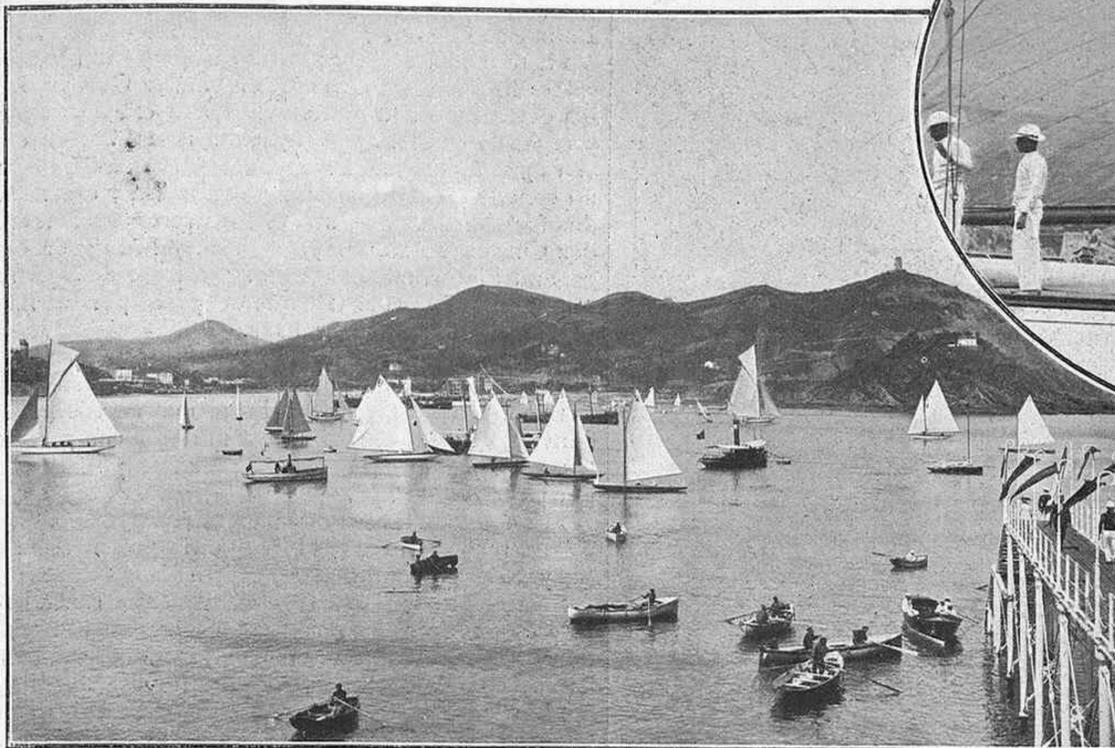
Día de descanso, cuadro de Pla y Rubio.

TO HISTÓRICAMENTE EN SUS ACCIÓN DE BARRER

SAN SEBASTIAN

LAS REGATAS.—LLEGADA DE S. M. LA REINA VICTORIA

(De fotografías de Frederic.)



Aspecto de la Concha momentos antes de las regatas

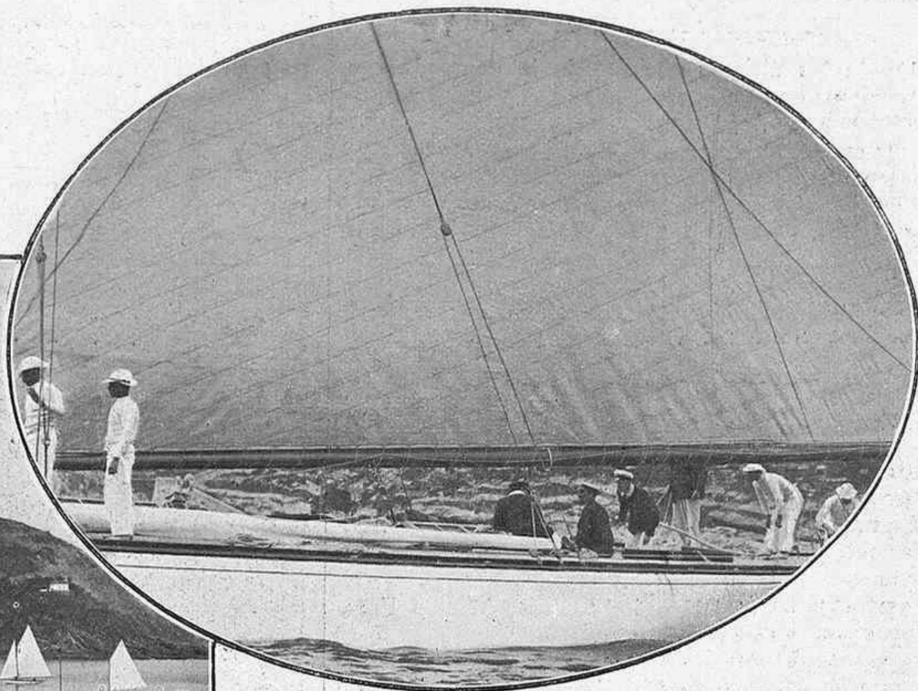
La hermosa capital donostiarra ha comenzado su período de festejos veraniegos con las interesantes regatas que empezaron el día 15, y en casi todas las cuales tomó parte S. M. el rey D. Alfonso XIII patronando su balandro *Hispania*.

En las del primer día ganaron: el *Hispania*, la copa de los infantes D. Fernando y doña María Teresa; el *Queen X*, también del rey, la del Club; el *Príncipe Alfonso*, del marqués de Cubas, la del rey; el *Ena*, del Sr. Dours, de Bayona, la de la reina Vic-

cesa de Asturias, y una medalla de plata y 100 pesetas el *Chirtilla*. Estos tres últimos balandros pertenecen al Club de Bilbao.

El día 18 efectuáronse las pruebas definitivas de la copa del marqués de Cubas y del premio de la Liga Marítima, que obtuvieron el *Hispania* y el *Dóriga*. Los segundos premios fueron para el *Tuiga* y el *Princesa de Asturias* respectivamente.

La regata-cruceiro de Guetaria, que se corrió el día 19, ha sido una de las más interesantes; los pre-



S. M. el rey D. Alfonso XIII patronando su balandro «Hispania»

mios se concedieron en la forma siguiente: serie de 15 metros, primer premio, *Hispania*; segundo, *Tuiga*: serie de 10 metros de nueva construcción, primer premio, *Corzo*; segundo, *Carmen*: serie de 10 metros y asimilados, primer premio, *Titave*; segundo, *Sogalinda II*: serie de 8 metros de nueva construcción, primer premio, *Cisco IV*; segundo, *Maitia*: serie de 8 metros y asimilados, primer premio, *Sogalinda*; segundo, *Aufa*: serie de 6 metros de nueva construcción, primer premio, *Ena*; segundo, *Machuca*: serie de 6 metros y asimilados, premio único, *Minaiz*: serie *sonderklasse*, primer premio, *Catalonia*; segundo, *Pitusa*, y tercero, *Dios salve á la reina!*, este último propiedad del rey.

Después de aquella regata cruceiro, el rey y los demás balandristas que habían tomado parte en ella fueron obsequiados con un almuerzo en el *chalet* que los marqueses de Casa Torres poseen en Guetaria. La fiesta se celebró en los jardines y fué presidida por S. M.; sentáronse á la mesa 150 comensales, y durante el almuerzo una orquesta ejecutó piezas escogidas.

En los días 21 y 22 efectuáronse la primera y la segunda pruebas de la regata internacional para disputarse la copa de la reina doña María Cristina, habiendo llegado el primer día por el orden siguiente: *Mosquito II* y *Dóriga*; y el segundo: *Princesa de Asturias*, *Isabelita*, *Mosquito*, *Dóriga* y *Chonta*. La prueba definitiva de esta regata se efectuará próximamente en Santander.

El día 21 llegó á San Sebastián S. M. la reina doña Victoria con sus augustos hijos, siendo recibida en la estación por la reina doña María Cristina, la infanta doña María Teresa, las autoridades y numeroso público. S. M. se dirigieron en coches á palacio, mientras los buques disparaban salvas.—G.

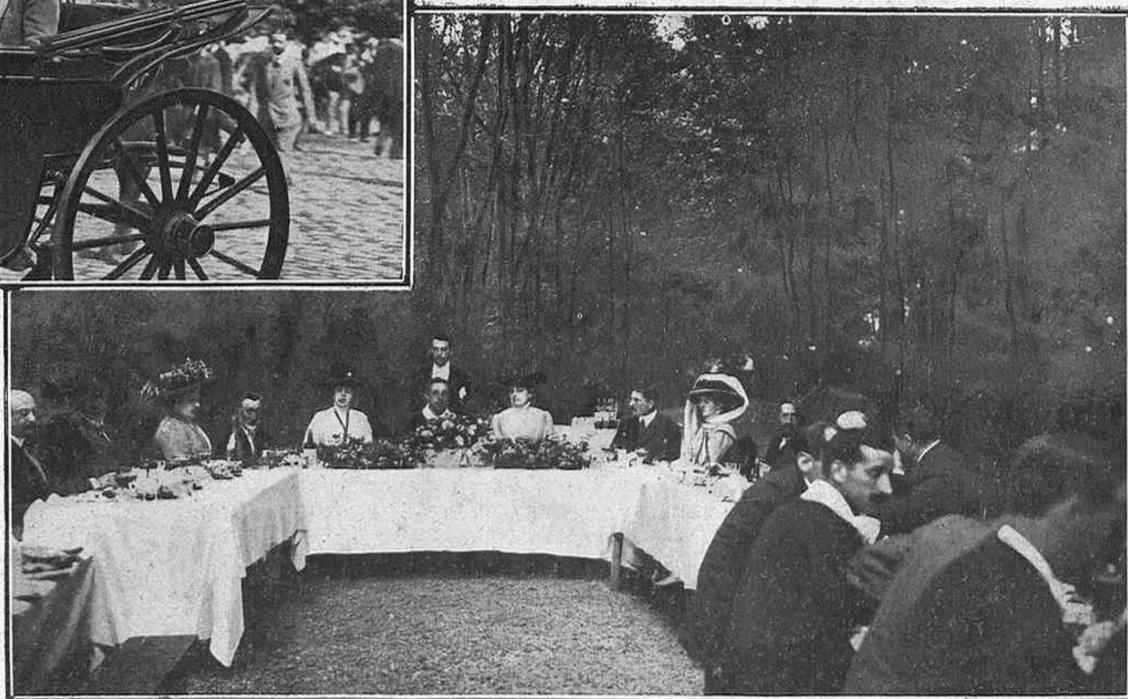


SS. MM. las reinas D.<sup>a</sup> Victoria y D.<sup>a</sup> María Cristina dirigiéndose al palacio de Miramar

toria; el *Dóriga*, de D. Fernando Pardiñas, la del infante D. Carlos; y el *Aufa*, del Sr. Elosegui, y el *Bocarta*, de la sociedad Guria, otras dos copas del Club.

En las del 16 corriéronse las copas del marqués de Cubas, del marqués de Bayamo y de la Liga Marítima, que fueron respectivamente ganadas, aunque sólo provisionalmente, por el *Tuiga*, del duque de Medinaceli; el *Corzo*, del rey, y el *Mosquito*, del señor López Dóriga.

El tercer día disputáronse la Placa de Guipúzcoa, la Copa del Casino y varios premios en metálico, habiendo ganado la primera el *Hispania*, la segunda el *Chonta*, un objeto de arte y 200 pesetas el *Prin*



Banquete ofrecido por los señores marqueses de Casa Torre á S. M. el rey y á los que tomaron parte en las regatas

## LA CAMPAÑA DE MELILLA

Desde las últimas noticias de la campaña que publicamos en el número anterior se han librado en Melilla, aparte de algunas escaramuzas, dos importantes combates, uno de ellos en los días 22 y 23 y el otro el día 27 del mes pasado. De ambos dan cuenta los partes oficiales en los siguientes términos:

«Melilla, 23 (1 madrugada).—Durante el día transcurrido, sólo ha habido tiroteo de poca importancia, desde las estribaciones del Gurugú, contra las posiciones Amhet-El-Hachs y Sidi Muza, que hicieron algunos disparos de cañón.

»En Amhet hubo un herido. Desde los límites se han disparado algunos cañonazos hacia una cañada del Gurugú, donde decían los confidentes existía un grupo numeroso de moros.

»Ignoro el resultado.

»En el ataque de la noche del 20, en Sidi Muza, murió el intérprete, práctico del regimiento de África, llamado El-Gomari, cumpliendo fielmente con su deber.

»Fallecidos en el Hospital teniente Mérida, Francisco Coca, y tres de tropa.

»Según noticias de buen origen, la *harka* se ha dividido en dos partes. Una tiene su centro en el río de Barrasa, próximo al Zoco de Mazuza, y otra parte está en las estribaciones del Gurugú, teniendo ambas propósitos de atacar nuevamente las posiciones, particularmente de noche.

»El ganado de artillería, que regresaba a Sidi Amhet-El-Hachs, de hacer aguada, tuvo que ser apoyado por fuego de fusilería, regresando sin perder más que una cuba, protegido por el escuadrón de Treviño.»

«Melilla, 23 (6,30 tarde).—General gobernador a ministro Guerra.

»Esta madrugada se ha generalizado el ataque a nuestras posiciones, principalmente a Sidi Muza y Posada del Cabo Moreno.

»A media noche salió columna coronel Alvarez Cabrera para proteger ataque Sidi Muza, llegando oportunamente con seis compañías y sección montaña, y al hacer salida para rechazar enemigo, objeto que logró persiguiéndolo más de dos kilómetros, murió al frente de sus tropas, con un capitán de África y dos oficiales, teniendo también 13 heridos.

»Combate siguió encarnizado hasta bien entrado el día, en que el enemigo se alejó por Posada Cabo Moreno, continuando el fuego, aunque débilmente,

por parte enemigo, ocupando nuestras tropas, al avanzar, posiciones que abandonaron al anochecer, por falta tiempo para atrincherarlas.

»Cazadores Figueras y Barbastro, acto seguido desembarcar, se han empleado en línea de fuego.



D. José Marina Vega, recientemente ascendido a teniente general por los méritos contraídos en la actual campaña, y nombrado comandante en jefe de las fuerzas de Melilla. (De fotografía de Asenjo.)

Cuando sepa exactamente el número de bajas, daré cuenta.»

«Melilla, sábado 24 (2,10 madrugada).—General segundo jefe a ministro Guerra.

»A estas horas tenemos un coronel muerto, un teniente coronel herido ó muerto, en poder de los moros; cinco oficiales muertos; un jefe, cuatro capi-

tanos y siete oficiales heridos; un número que ignoro de tropas, muertos, y 260 tropa heridos todos del combate de hoy.

»Seguimos ocupando todas las posiciones avanzadas y fortificadas de camino minas, y general Marina, que avanzó a repeler ataque ayer a las mismas, antes de obscurecer se retiró a situarse de nuevo en aquéllas; pues se había internado mucho en el campo moro, y allí no podía pernoctar.»

«Melilla, 27 (11,15 noche).—Gobernador militar a ministro Guerra.

»Esta mañana nueva noticia que grupo numeroso, colocado a nuestra derecha, en cañada Gurugú, había destrozado 200 metros vía férrea entre primera y segunda caseta, ante imperiosa necesidad de enviar agua a posiciones avanzadas, tuve que organizar un convoy de carros aljibes y carricubas y organizar dos fuertes columnas, una con los coroneles Fernández Cuerda y Axó, de protección, y la brigada del general Pintos, que había de apoderarse de algunas lomas en la falda del Gurugú, ocupadas por los moros, amenazando nuestra línea.

»La brigada del general Pintos, en su brioso avance, se apoderó de posiciones necesarias, sosteniéndose en ellas todo el día, hasta que de vuelta del convoy, dispuso el repliegue a nuestros campamentos, repliegue hecho con toda precisión y serenidad por parte de la tropa.

»El combate ha sido duro y tenaz por parte de los moros, rechazados varias veces por fuegos en descargas y de artillería, de querer avanzar hasta nosotros.

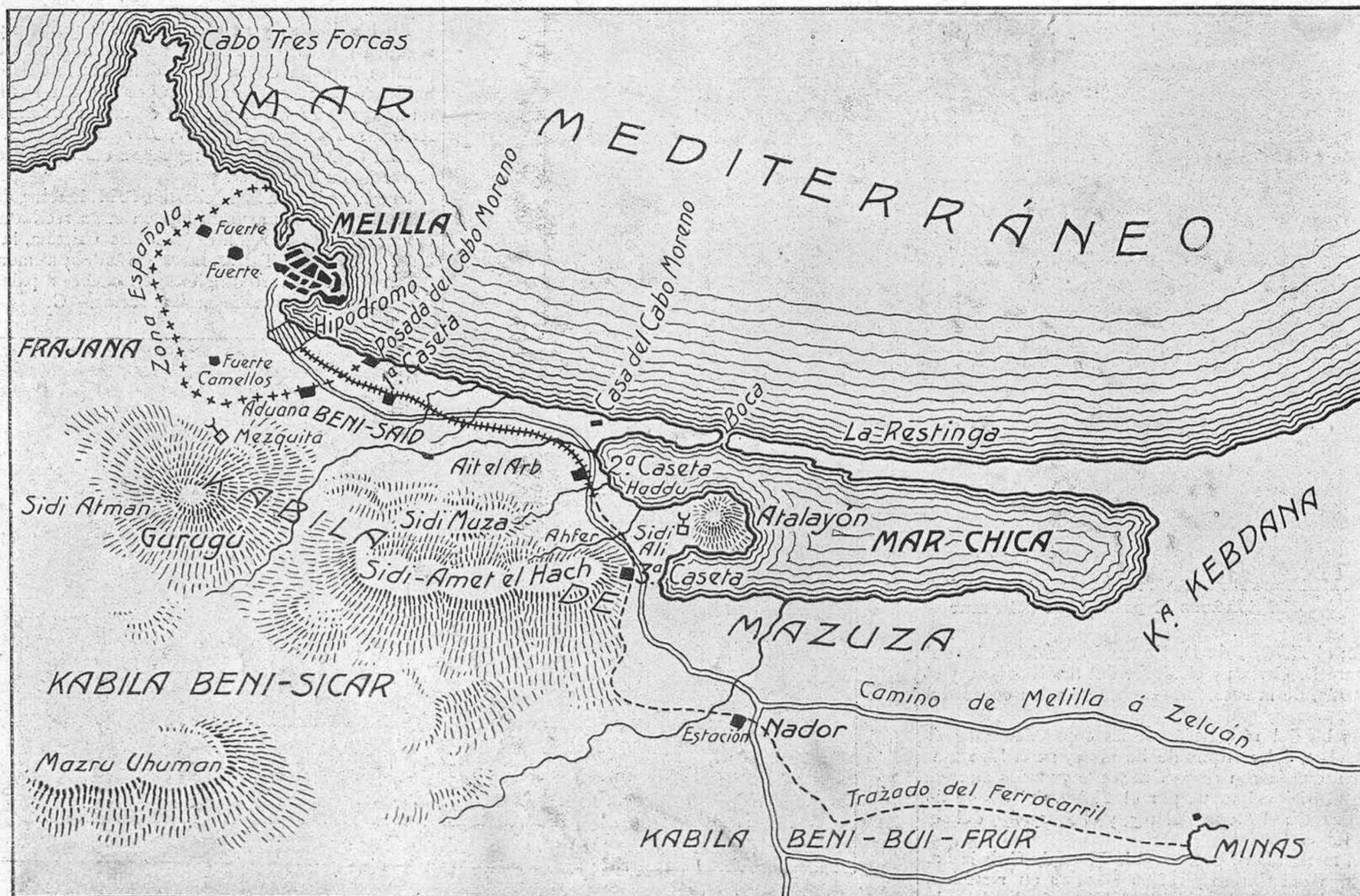
»Nuestras bajas han sido numerosas y sensibles. El general Pintos ha muerto gloriosamente al frente de su brigada, y al frente de sus batallones también han caído muertos los jefes de Las Navas y Arapiles.

»Las bajas entre muertos y heridos de oficiales y tropa, comprobadas hasta ahora, pasan de 200.

»El enemigo, como antes digo, debe haberlas sufrido mayores: se le ha hecho varias veces fuego al descubierto.»

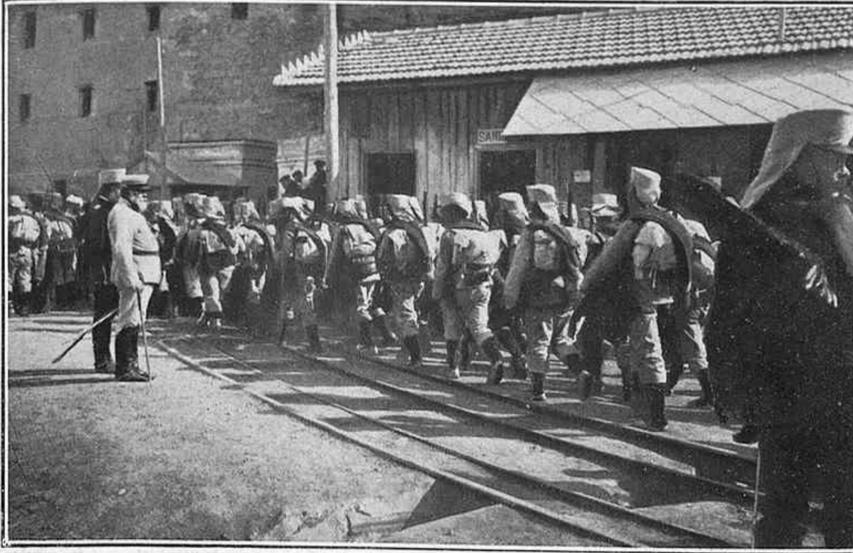
«Melilla, 28 (10,40 noche).—Según noticias del campo, enemigo, quebrantado por numerosas bajas tenidas combate ayer, ha abandonado posiciones que tenía sobre nuestro flanco derecho, retirándose al otro lado Gurugú. El convoy de víveres y agua para la caseta núm. 2 se ha hecho sin novedad. Sólo algún tiro lejano, que no ha causado bajas.

»Hoy se ha dado sepultura, con la posible solemnidad, al general Pintos, jefes, oficiales y tropa muertos en el combate de ayer.»

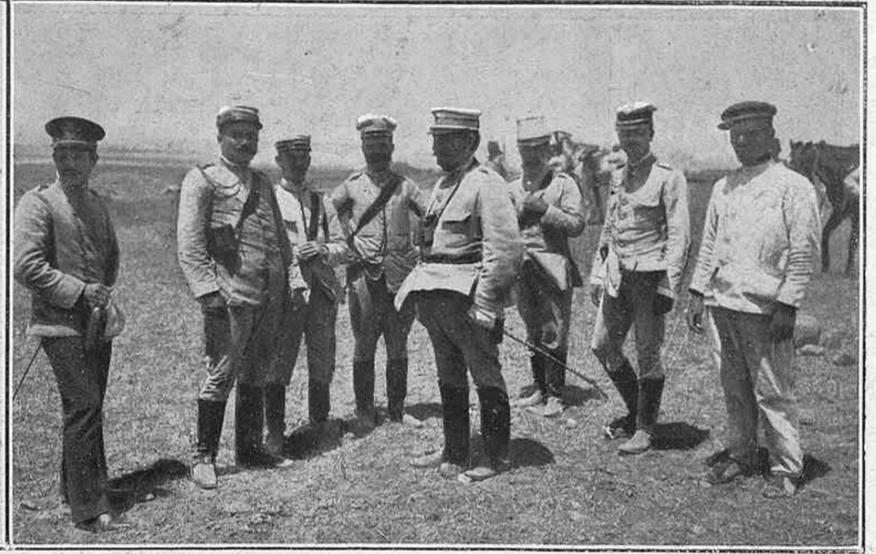


La campaña de Melilla.—Mapa del teatro de las actuales operaciones de guerra

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



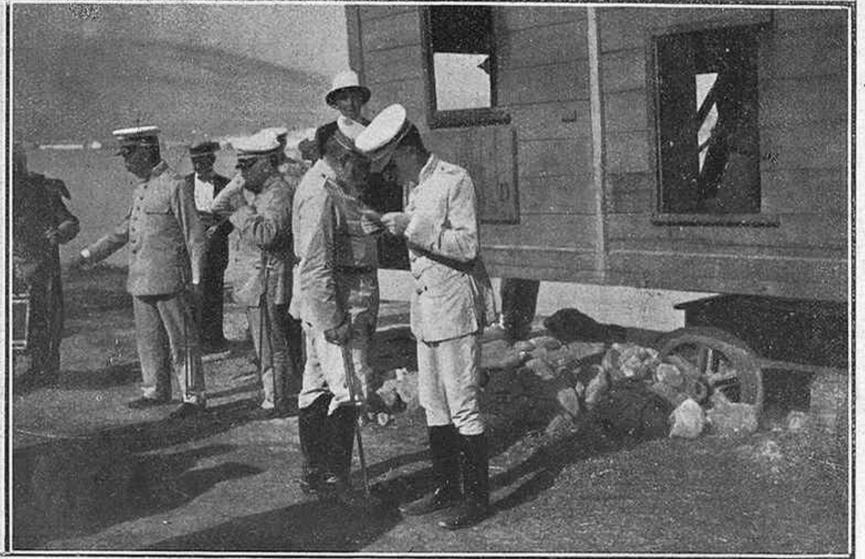
El general Marina presenciando la llegada de las tropas



El general del Real y su estado mayor



El general Marina y el teniente coronel Sr. Burguete conferenciando sobre el explosivo inventado por el segundo



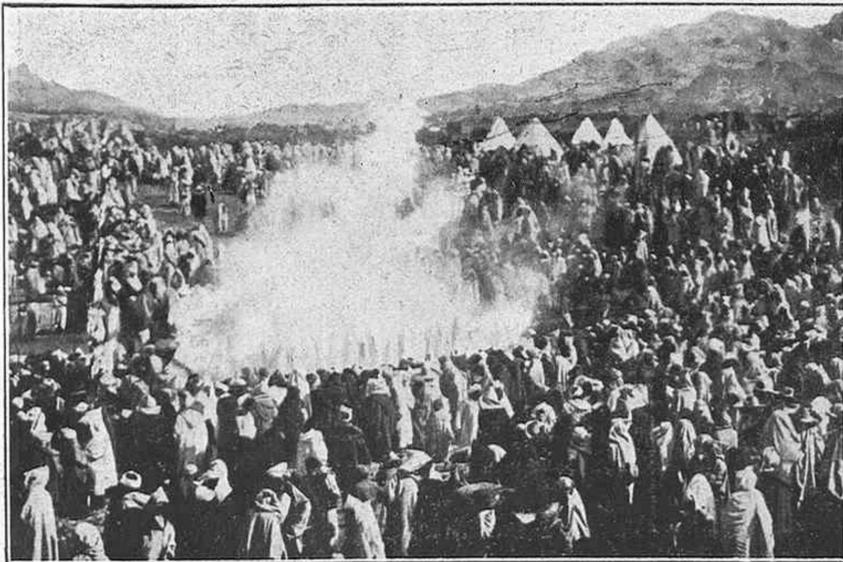
El general Marina escuchando la lectura de un telegrama en el campo de operaciones



Soldados del batallón de Barbastro marchando á la línea del fuego



Aduares de los rifeños.



Reunión de kábilas que encienden hogueras llamando á la guerra



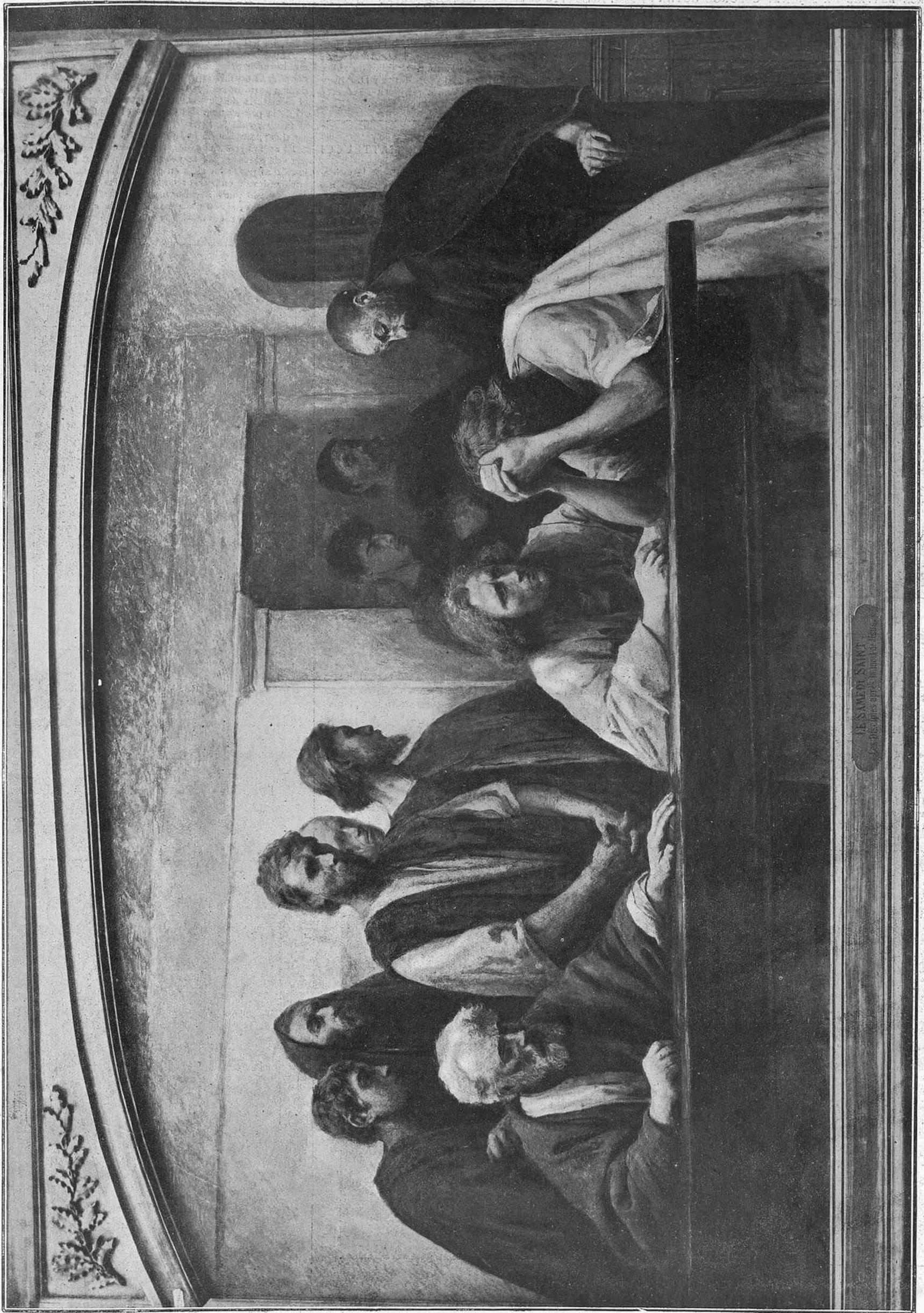
Moras fugitivas refugiándose en el campo español



EMBOSCADA, cuadro de A. Fougere. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1909.)



JUNTO AL ESTANQUE, cuadro de P. Ribera. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París. 1909.)



LE SAMEDI SAINT  
Les disciples après la nuit du dimanche

EL SÁBADO SANTO. — LOS DISCÍPULOS DESPUÉS DE LA MUERTE DE JESÚS, cuadro de E. Burnand  
(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses, París, 1909.)

LA PRINCESA BEATRIZ DE SAJONIA COBURGO GOTHA

La boda del que hasta hace poco fué infante de España don Alfonso de Orleans y de Borbón con la princesa Beatriz de



La princesa Beatriz de Sajonia Coburgo Gotha, que recientemente se ha casado con el entonces infante de España D. Alfonso de Orleans. (De fotografía de C. Trampus.)

Sajonia de Coburgo Gotha ha sido un acontecimiento sensacional, así por las circunstancias en que se ha efectuado, como por las consecuencias que para el joven esposo ha tenido. Pocos días antes había éste recibido de manos de S. M. el rey D. Alfonso XIII el Real despacho de segundo teniente de infantería, é inmediatamente solicitó ser destinado á Melilla; pretextando ir á despedirse de su prometida, salió para París con su madre, la infanta Eulalia, y de allí marchó á Coburgo. Al día siguiente se celebró la boda, y la noticia de ésta produjo la natural sorpresa en la familia real, porque D. Alfonso de Orleans no había obtenido para casarse la licencia del rey que, dado su rango, necesitaba.

Por esta razón y en cumplimiento de una pragmática de

Gotha, duque de Edimburgo, y de la gran duquesa María de Rusia. Nació el 20 de abril de 1884 en Eastwell y es sobrina del rey de Inglaterra y prima hermana de la reina doña Victoria de España, á la que profesa gran cariño y con la que pasó una larga temporada en la Granja.

El ex infante es el primogénito de la infanta doña Eulalia y del infante D. Antonio de Orleans, y nació en 12 de noviembre de 1886.

Como la princesa es protestante y D. Alfonso católico, la ceremonia religiosa se efectuó según los ritos católico y evangélico.

EL PROFESOR VÍCTOR MATTEUCCI

Las ciencias físicas, especialmente la vulcanología, han perdido un campeón valiosísimo en la persona del eminente profesor Matteucci, fallecido en el Observatorio del Vesubio, del que era director y en donde tantas y tan admirables pruebas ha dado de su talento, de su laboriosidad y de su valor verdaderamente extraordinarios.

Había nacido en Sinigaglia en 1864, y en 1890, siendo ayudante del profesor Bassano, obtuvo la cátedra de Ciencias Naturales del Ateneo de Nápoles. Pero su estudio predilecto era la vulcanología; así es que cuando, por muerte del célebre Palmieri, quedó vacante el puesto de director del Observatorio vesubiano, Matteucci obtuvo un triunfo brillante en el concurso que se celebró para proveerlo y alcanzó la plaza que tanto ambicionaba.

Las erupciones de lava de 1891 y 1895 y la explosiva de 1900 habían hallado en él al hombre de ciencia, de sereno talento y de intrépido temple que, infatigable de cuerpo y de espíritu, recorría los campos de lava humeante y de ardiente ceniza para mejor realizar sus investigaciones científicas, sin preocuparse de los peligros á que se exponía. En 1900, una bomba lanzada por el cráter dió en la rodilla, y á consecuencia del golpe hubo de permanecer un año en la cama. Su conducta cuando la terrible explosión de 1906 fué heroica y realmente temeraria, y aunque de ella nos ocupamos en el número 1.270 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, estimamos oportuno recordar que, para no perder de vista ninguno de los fenómenos eruptivos, permaneció durante muchos días impávido, sin más compañía que cuatro gendarmes y un telegrafista y casi sin víveres, en aquel edificio de paredes cuarteadas, que los estremecimientos del volcán y la lluvia de lava amenazaban destruir á cada instante. Por su comportamiento en aquella ocasión, el rey de Italia le confirió la condecoración de San Mauricio y San Lázaro.

Y en los intervalos de una erupción á otra estudiaba la actividad normal del volcán, viajaba por Alemania para observar los granitos del Harz, y realizaba una gran excursión de estudio por los volcanes de la Eolia y de Sicilia, llegando hasta el enorme cráter del Santorino, á fin de poner en relación los fenómenos de aquellos volcanes con el Vesubio.

ARÍSTIDES BRIAND

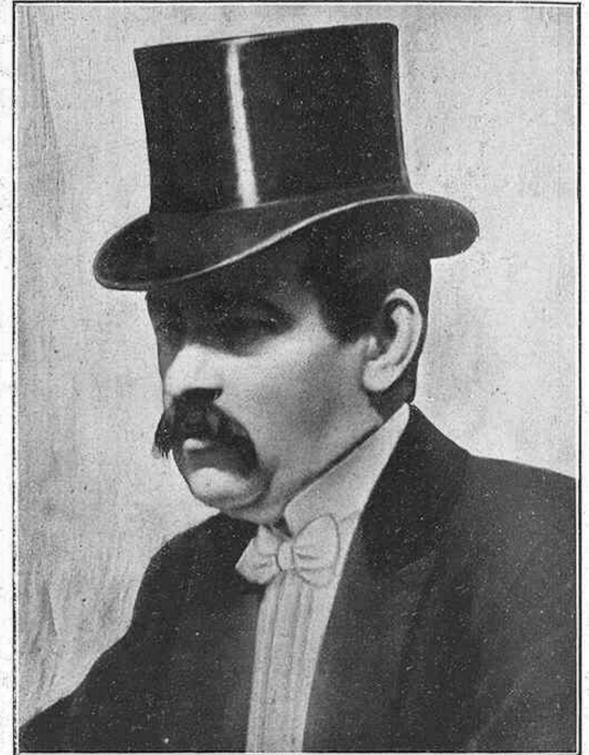
Con motivo de discutirse en la Cámara de Diputados francesa el informe emitido por una comisión parlamentaria en-

mente la dimisión al presidente de la República, quien la admitió, confiando, después de varias conferencias, el encargo de formar nuevo gabinete al Sr. Briand, ministro de la Justicia del dimisionario.

Aristides Briand, que actualmente cuenta cuarenta y siete años, ha hecho su carrera política rapidísimamente.

Afiliado desde su primera juventud al partido socialista, fué colaborador primeramente de *La Lanterne* y después de *L'Humanité*; al unificarse el partido socialista, volvió al primero de dichos periódicos. En 1906 desempeñó en el gabinete Sarrien el ministerio de Cultos, cartera que conservó cuando se encargó de la presidencia del Consejo el Sr. Clemenceau; al morir el ministro de la Justicia Sr. Guyot, reemplazólo Briand. La ley de separación de la Iglesia y del Estado es obra suya.

El actual jefe del gobierno francés es un orador elocuente, pero de elocuencia fría y serena, y un hábil polemista. Su elevación al poder ha sido en general bien recibida en Francia, pues generalmente se cree que ante las responsabilidades que tan elevado puesto le impone, prescindirá de muchos de sus radicalismos, según parece indicarlo la composición del gabinete por él constituido.

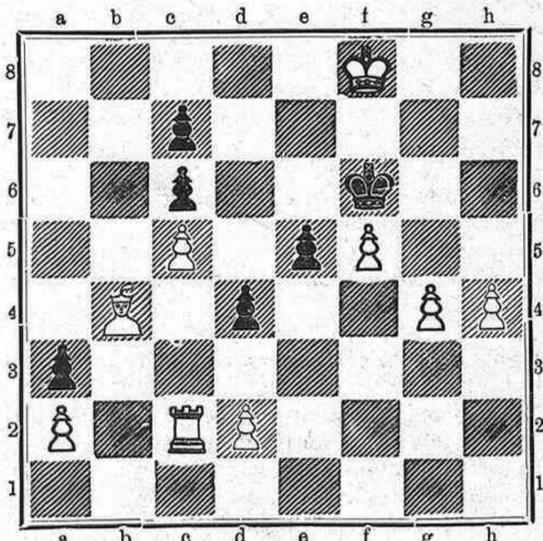


Aristides Briand, nuevo presidente del Consejo de ministros de Francia (De fotografía de M. Rol.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 525, POR V. MARÍN

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 524, POR V. MARÍN

- |                  |               |
|------------------|---------------|
| Blancas.         | Negras.       |
| 1. T b1-b8       | 1. c4-c3      |
| 2. D f3-b7       | 2. Cualquiera |
| 3. D b7-b1 mate. |               |

VARIANTES.

- |              |                              |
|--------------|------------------------------|
| 1.... d4-d3; | 2. Te3xd3, etc.              |
| d4xe3;       | 2. Df3xf5 jaq., etc.         |
| f5-f4;       | 2. Df3-e4 jaq., etc.         |
| A juega;     | 2. Df3xe2 jaq., etc.         |
| Rc2-c1;      | 2. Df3-b7 ó Te3-c3jaq., etc. |



El profesor Víctor Matteucci, director del Observatorio del Vesubio, fallecido en 16 de julio último. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

1776, se ha privado á D. Alfonso de Orleans, no sólo del infantazgo, sino también de los honores y dignidades que debía á una concesión del monarca.

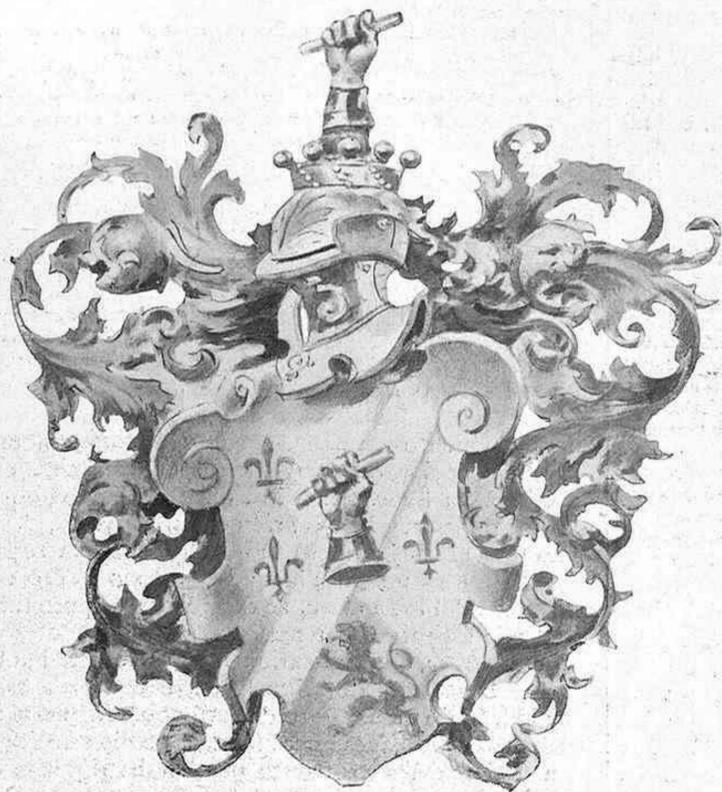
La princesa Beatriz, dotada de belleza y talento grandes, es la hija menor del difunto duque Alfredo de Sajonia Coburgo

cargada de dictaminar sobre el estado de la marina de guerra. el presidente del Consejo de ministros Sr. Clemenceau planteó la cuestión de confianza. Puesta á votación la prioridad de la proposición aceptada por el gobierno, fué rechazada por treinta y seis votos de mayoría. El ministerio presentó inmediata-

## EL ARCHIVO DE GUIBRAY (I)

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI



## CAPÍTULO PRIMERO

Paralelamente, una gola por el río azul y un coche por la carretera blanca van á gran velocidad en la misma dirección; la gola, impelida en la corriente por el robusto esfuerzo de dos remos vivamente manejados; el coche, tirado por un caballo ágil, sobre un terreno firme, elástico, llano, sin obstáculos.

En la canoa hay una mujer joven, silueta fina, de anchos hombros; conjunto flexible y nervioso, adivinado bajo su traje blanco. En la victoria, un joven bien vestido, demasiado bien vestido, de facciones regulares, en un rostro variable cuya expresión, en este momento, parece inquieta, casi ansiosa.

Durante largo rato, el viajero sigue maquinalmente con la vista la embarcación que, poco á poco, le gana en velocidad y no tarda en pasarle delante.

Al mismo tiempo, dos campesinos, el uno viejo y el otro joven, vienen caminando hacia Mantes, y vuelven la cabeza para mirar al forastero que apenas ha contestado con un ademán á su saludo de encuentro. El viejo dice:

—El señorito de París que acaba de comprar el castillo.

—¡Ah!, pronuncia el otro, indiferente... ¿Cómo se llama?

—Pues... lo mismo que el pueblo... Es el señorito Pedro de Guibray... Parece que antiguamente todo este país pertenecía á su familia.

—¡Oh, oh!, murmura el joven con incredulidad, y ¿cuándo?

—¡Oh! Hace siglos...

El segundo campesino se encoge de hombros, y dice filosóficamente.

—¿Quién se acuerda de eso?

Y ambos prosiguen su camino hablando de otra cosa.

Así es como, sin más emoción, ni interés, ni curiosidad, los actuales descendientes de los siervos y vasallos de Guibray acogen la llegada del último vástago de sus antiguos señores á los dominios patrimoniales, de donde su familia ha estado desterrada durante un siglo.

La verdad es que si su acogida fuese lógica con el pasado, lo recibirían á pedradas...

Los barones Le Tenant de Guibray, antiguamente, oprimieron con dureza á la comarca, poniendo á contribución y á talla á todo el que caía en su poder. No era por mero símbolo el ostentar en su escudo de armas «una mano con guantelete de hierro, y empuñante.»

Pero el pueblo, que aún conserva el nombre de aquella raza desprovista de bondad, ha olvidado sus orígenes, sus tradiciones, hasta sus rencores; y, sin averiguaciones ni revelaciones, y sin buscarlas ni quererlas, permanece indiferente, desligado de todo lazo anterior, lo mismo del amor que del odio, ocupado en otras cosas, porque otros son los tiempos.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

Además, ha tenido su desquite, un desquite considerable, en las épocas revolucionarias.

Todo esto lo sabe sin duda el viajero que avanza, pensativo, por la carretera blanca.

Viene al país por primera vez, y cada aspecto de la tierra solicita su atención, despertando en él un mundo de reflexiones melancólicas. Trata de descubrir el alma flotante de los antepasados sobre aquellos grandes paisajes, decoraciones de su vida violenta, de sus combates, de sus exasperadas manifestaciones de orgullo y dominación.

Aquí fué donde vivieron, tales como eran, buenos ó malos, en plena manifestación de su personalidad, los personajes á quienes él debe su sangre, su nombre y sus preocupaciones también; y esta evocación, más y más ardiente á medida que él se acerca al castillo, que aún no

conoce, á ese castillo de Guibray, centro y teatro de las acciones pasadas, le causa una angustia progresiva que no llega á dominar.

En todas partes hay fantasmas alrededor de él; él los ve; él les oye cuchichear en el aire que le zumba en los oídos. Parece que toda la prole se ha alineado á uno y otro lado del camino para darle la bienvenida y observarle en su nueva misión, para exhortarle también á que levante la ruina y glorifique el nombre. Estremécese al soplo de ultratumba; pero un gran orgullo le hincha las narices.

Este joven, nacido bajo la tercera República, en una época en que lo único considerado es el dinero, en que nada queda en pie de las antiguas creencias, de las viejas ilusiones, conserva sin embargo un alma antigua de señor feudal, ó al menos de cortesano de Versalles, en tiempo del Gran Luis.

Ya no hay reyes, pero sobrevive la nobleza; y él cree en ella y en todos sus derechos, pero no tanto en sus deberes. Su infancia y su primera juventud se han alimentado de esas hermosas quimeras; es tal como le han formado.

El culpable es el primer educador que tuvo, su tío mayor, el cual, siendo hijo segundón, se hizo llamar simplemente «Señor de Guibray.»

Este fué extraordinario; su vida era un enigma constante que sólo su muerte explicó. Durante cuarenta años, los tenderos de la calle de Grenelle Saint-Germain, en París, vieron pasar, á las mismas horas, un singular personaje que no cesó nunca de maravillarlos. Casi joven todavía, ofrecía sin embargo un aspecto pasado de moda.

Muy alto, muy flaco, con la cabeza pequeña y empinada, los ojos claros y fijos, atraía las miradas y las retenía. Pobrememente vestido y con trajes de otra época, no dejaba de conservar por eso una gran dignidad.

Su cara afeitada le daba un vago aspecto de actor —seguramente trágico;—nadie le vió sonreírse jamás, y él mismo no recordaba haber reído nunca, ni siquiera en su infancia.

Pasaba por la calle sin ver nada de lo que le rodeaba, siempre ensimismado, soñador, visionario incansante. ¿Ridículo? Para algunos, quizá; para otros, respetable.

A medida que pasaron los años, su rostro se suavizó, con la nieve de los cabellos que llevaba largos, pero adquirió cada vez mayor tristeza; sin duda, con el rápido vuelo de los días, comprendió mejor la insensatez de sus eternas esperanzas. Su mirada se apagó, se le encorvaron las espaldas y se le hicieron pesadas las piernas; pero mañana y tarde, sin faltar jamás, iba y venía por los mismos sitios.

Tal era aquel «Monsieur de Guibray,» á quien Perico llamaba «el tío Jaime.» Entre el niño y el viejo, el afecto era mutuo y grande.

Cuando Pedro hubo cumplido siete ú ocho años, el tío Jaime, que entonces confesaba tener más de sesenta, se encargó de una parte de su educación, «de la más importante, según él decía; porque el primer deber de un caballero consiste en conocer la historia de su familia.»

En seguida cautivó aquella imaginación naciente con las narraciones de los tiempos pasados, de las proezas guerreras de los grandes señores de antaño; hizo estremecer al muchacho, que palidecía á la evocación de las ardientes batallas, cuando los regimientos de Auvernia, de Gascuña y de Champaña iban al asalto de las ciudades, bajo las banderas blancas y flordelisadas. Le hablaba de los reyes y de su magnificencia; de las cortes, de los palacios, del Louvre, de las Tullerías, de Versalles; hacía desfilar, como en la parada, los gallardos coroneles perfumados, que llevaban soberbiamente los nombres más linajudos de Francia, y á veces se interrumpía para decir: «Esos figuran entre tus antepasados.»

Inculcóle su manía devoradora de vanidad nobiliaria, de nostalgia y de amor retrospectivo por los hombres y los acontecimientos desaparecidos. Intransigente, el viejo no creía más que en la raza, no veía nada fuera de ella. O se era ó no se era de noble cuna.

Pero cuando el muchacho fué grande, á aquellos cursos de historia general siguieron nociones precisas sobre su propia familia; tumultuosa, ésta había atravesado los siglos con estrépito, matando y muriendo, victoriosa ó vencida, siempre armada y dispuesta á reanudar la lucha. Contaba en ella soldados famosos, mariscales de campo, tenientes generales; y allá, remotamente, en su origen, bandidos entregados al pillaje, salteadores de caminos—de malos caminos—en que era más fácil despojar de noche á los viandantes. Y aun de esos el tío Jaime hablaba frecuentemente con palabras de indulgencia.

Pero, más cerca de ellos, el drama casi contemporáneo hacía palidecer á la vez al narrador y al oyente. Si la vida de Matías Le Tenant de Guibray, en tiempo de la Montespán, estaba llena de aventuras y de magias sorprendentes, Guislain de Guibray, durante el reinado de Luis XV, le igualó en todo; fué, á su manera, un rudo gran señor, teniente general de su provincia, estricto observador de las leyes; pero su hijo, el barón Carlos («mi abuelo,» decía el tío Jaime descubriendo su cabeza cana), pagó por él los antiguos rencores, muriendo en el cadalso, después del rey de Francia.

Entonces, á propósito de estos últimos caballeros, venía naturalmente á cuento la descripción del castillo, cuna de la raza y vendido como propiedad nacional, en virtud de cuya venta fué á parar á manos de villanos y traidores.

Aquel castillo, en cuyo recinto el viejo probablemente no había puesto nunca los pies, por cuanto había nacido en 1811, el mismo día que el rey de Roma (de lo cual se vanagloriaba él muy poco), cerca de veinte años después de la dispersión de la hacienda; aquel castillo, sin embargo, se lo sabía el tío Jaime de memoria; conocía las disposiciones é interioridades de la señorial morada como si hubiese pasado en ella toda su vida.

¿De qué manera había podido adquirir tal conocimiento? Era un misterio para todo el mundo.

Lo cierto es que dibujaba y describía el castillo con pasión.

El sueño dorado de toda su vida había sido el volverlo á comprar á los usurpadores legales que lo ocupaban, á los descendientes de aquel lacayo, Miguel Faulque, que fué traidor á su amo, lo entregó á sus verdugos y después de su trágico fin adquirió sus bienes por un puñado de asignados. Ahora comprendía que, para él, era demasiado tarde; renunciaba personalmente á sus proyectos grandiosos, pero tomaba ardientemente á pechos el porvenir por Pedro, su resobrin y ahijado, á quien educaba, á satisfacción de éste, en las buenas creencias; y esto prescindiendo del barón Gilberto, padre del muchacho, hombre político versátil como una veleta.

—Muchacho, ya verás; cuando cumplas veintiún años... ¡tendrás una sorpresa!.. Yo habré muerto, pero tú entrarás con la frente erguida en la morada de nuestros antepasados, y todos nosotros, todos los Guibray, nos estremeceremos de gozo en nuestras tumbas, al ruido de tus pasos sobre el reconquistado suelo.

El muchacho no ponía en duda las palabras de su tío, y le escuchaba religiosamente.

Un día habló cándidamente de ello en presencia de su padre, y el barón Gilberto enfrió su entusiasmo con algunas palabras crueles:

—Lo mismo me decía á mí, cuando yo tenía tus años... Me prometía la posesión para cuando yo llegase á la mayoría de edad; he cumplido hace tiempo los cuarenta, muchacho, y aún estoy esperando... Es su manía. ¡No cuentes con ello!

Su madre, la baronesa Valeria, hija de Aniceto Brussane, miembro del Instituto de Francia, fisiólogo y químico dos veces ilustre, poco infatuado de nobleza, dudaba profundamente de que el tío Jaime estuviese dotado de razón. De un modo irreverente le había apellidado el *Fósil*, y hacía el mismo caso de sus palabras que de las de un niño. Ante su espíritu metódico, todo lo que no estaba científicamente establecido no existía y no pasaba de ser ilusión sentimental.

Sin embargo, en sus lentos paseos por los muelles del Sena, por las desiertas avenidas ó por los alrededores de los Inválidos, el viejo seguía removiéndose el pasado y edificando el porvenir; así es que Pedro, cuando tuvo quince años, conoció tan bien como su propio tío la historia que él creía verdadera de aquella raza brutal y pesada de los barones Le Tenant de Guibray, gente de armas tomar sin tregua ni cuartel.

Pero á medida que su inteligencia adquiría mayor seriedad, llegaba á considerar las afirmaciones del anciano sobre las cosas futuras, al menos como ilusorias y quiméricas, como la divagación de un espíritu desequilibrado por el infortunio y obscurecido por los años.

En efecto, ¿cómo «Monsieur de Guibray» podía esperar la readquisición de la finca?

Era una locura.

El castillo y sus dependencias valían quizá doscientos mil francos, tal vez más. ¿De dónde iba á sacar el viejo tal cantidad para dejarla á su sobrino?, él que llevaba trajes raídos, vivía en el quinto piso de una casa negra, en una habitación miserable en que no recibía á nadie, ni siquiera á sus parientes, servido durante algunas horas de la mañana por una criada á jornal, grosera, que le preparaba en un dos por tres la comida de todo el día?

El viejo almorzaba y comía en su casa, sin faltar nunca; rehusaba toda invitación y no aceptaba nada, por cuanto nada podía ó quería devolver.

Parecía muy pobre, y lo era sin duda...

Y el muchacho concluía por considerar vanas las esperanzas; mas no por eso dejaba de apreciar en el tío Jaime sus bellas ilusiones y sus severas creencias; y le quería también por aquel mundo abolido, que él representaba, de caballerosidad, de cortesía y de bravura, cuyos defectos, gracias á sus artificios, se convertían en cualidades, y las cualidades en virtudes sobrehumanas.

Seguía, pues, oyéndole discutir sin mostrar ningún fastidio; todo lo contrario, fuera de los viejos recuerdos y de las grandes leyendas, no le daba gusto nada de la vida real.

Su alma estaba bien formada, otros dirían depravada, á voluntad de su tío; jamás espíritu alguno fué más falseado ni deformado de intento. La vanidad del nombre, el orgullo de la cuña lo llenaba por completo; en su época, resultaba fuera de lugar, impropio, paradójico, extravagante; iba ciento cincuenta años atrasado con el reloj de los siglos.

Este muchacho estrambótico tenía que ser, andando el tiempo, un hombre desamparado ó rebelde.

Entre él y la sociedad, la mala inteligencia tenía que ir en aumento, el abismo había de ser cada vez más profundo, tanto más cuanto que su familia vivía sin fausto, con rentas limitadas, suficientes quizá para la existencia moderna, pero no para realizar sueños de restauración, de torreones reconstruidos, de blasones vueltos á dorar.

Pedro acababa de cumplir veinte años cuando el tío Jaime murió tranquilamente, una noche de otoño.

La criada, una mañana, lo encontró muerto en la cama, con la faz serena. En su casa únicamente se encontraron papeles de familia, un mobiliario de señor pobre, mucha ropa blanca y pocos trajes.

El barón de Guibray se encogió de hombros diciendo á su hijo:

—Ya lo ves, muchacho... Habrá en todo por valor de diez luises... ¿Es con esto con lo que vas á recuperar los bienes de tus antepasados?

Pedro no quiso contestar. La muerte del tío Jaime lo llenaba de dolorosa tristeza; los dos se habían querido entrañablemente, y rico ó pobre, el viejo merecía un sentimiento respetuoso y tierno.

Pero cuatro días después, el barón tuvo que confesar que «sin embargo había algo quizá,» por cuanto Pedro recibió un aviso notarial advirtiéndole que existía un testamento en que su tío mayor le consti-

tuía único heredero, cuyo testamento, según expresa voluntad del difunto, no debía serle comunicado hasta que hubiese cumplido veintiún años.

—Esperemos, dijo el barón; es lo único que se puede hacer... Pero si algún usurero quiere comprarte la herencia á precio alzado, creo que puedes cederla por mil escudos.

—Veremos, replicó el joven; lo que es yo, me reprocho ahora el haber dudado.

Renació, en efecto, á todas las credulidades y corría de nuevo tras las quimeras.

Como recuerdo, conservó intactos los pobres muebles del tío Jaime, pensando instalarlos en el «castillo» si algún día lo recuperaba.

Durante todo el año siguiente, el barón Gilberto no cesó de burlarse de su hijo, á quien llamaba «el castellano;» pero, en el fondo, quizá estaba más preocupado de lo que aparentaba, porque una fortuna que le entrase por las puertas de su casa, hubiera venido á secundar admirablemente sus ambiciones políticas.

El también tenía su manía: quería ser diputado, ministro... No confesaba querer ir más allá.

¿Sus opiniones?.., oportunistas—en el sentido lato de la palabra.

Cierto es que conservaba en el fondo del alma preocupaciones de raza, preferencias realistas; pero sabía hacer marchar sus pasiones delante de sus principios; y cierto es también que no hubiera vacilado, si le hubiese sido permitido optar entre los honores bajo la república ó la obscuridad bajo la monarquía. Hubiese aceptado deliberadamente los beneficios de la primera, renegando de la otra, antes de que hubiese cantado el gallo.

Por fin el señorito Pedro cumplió veintiún años; aquel mismo día recibió la siguiente carta, en cuyo sobre reconoció la letra del tío Jaime, y le temblaron las manos al romper el sello que ostentaba las armas de Guibray.

El joven leyó:

«Caballero Pedro: Con el amor á la raza que te enseñé, te lego mi fortuna, trescientos mil francos, que te serán entregados por mi notario hoy, 17 de marzo de 1890—vigésimo primero aniversario de tu feliz nacimiento,—con la obligación de adquirir los bienes de nuestros antepasados, las tierras y el castillo de Guibray, restaurar y reconstituir este último según los antiguos planos que encontrarás en sus archivos. Yo sé que subsisten.

»Hoy eres ya un hombre, y sabrás cumplir dignamente la misión que te confío de realizar lo que fué el único sueño, pero también el sueño constante de toda mi existencia.

»Y bien, muchacho, ¿qué te parece? ¿Te engañé? Con frecuencia, delante de ti, han debido burlarse del viejo zoquete, del maniático que se daba á sí mismo el nombre de «Señor de Guibray» y á quien tú, hijo mío, llamabas «el tío Jaime.» Afirmaban que yo estaba loco. No, señores; no, señoras... muy lúcido, al contrario; pero creía en el pasado, en el presente y en el porvenir, en la solidaridad de las épocas sucesivas; y, además, estaba enamorado de mi nombre, de mi raza, de los nuestros.

»Y á fin de que esta raza pudiese un día recuperar ostensiblemente su puesto, en su cuadro natural, en el único que le corresponde, he vivido durante cincuenta años y pico de agua clara, almorzando con un rábano y cenando con una sardina. ¡Bah! El régimen no era tan malo que no me permitiese llegar á la vejez y conseguir mi objeto.

»Sin embargo, hubo un tiempo en que se me figuró que todo iría más aprisa. Antes de prometerte nada á ti, se lo había prometido á tu padre; de ello se acuerda y me guarda rencor: mal hecho.

»También había yo soñado hacer mi entrada personal en la morada antigua y reunir allí en torno mío á todos los que amo, mis herederos, mi sangre.

»Dios no lo ha querido.

»Como Moisés, habré contemplado de lejos á Canaán; á ti te toca entrar.

»Pero mi primera esperanza no era loca; yo había olvidado simplemente que á medida que subían mis pilas de luises atesorados, subía también el valor de la tierra; éste ha duplicado en veinte años en el Vexin francés, país de los orígenes. Tuve que volver á empezar, y treinta años más tarde mi proyecto se realiza al fin; yo seré el único que no podrá asistir á ese renacimiento.

»¿Qué importa? Guibray ha muerto, ¡viva Guibray!

»Mi querido muchacho, caballero Pedro, hijo de mi corazón y de mi alma, fiel á mi memoria, como á mis enseñanzas, con solicitud, con amor, buscarás todos nuestros papeles de familia que quedaron allí sepultados en los desvanes; compilarás los escritos; sacudirás la ceniza y el polvo; completarás así lo que ya sabes por mis lecciones sobre la historia de nues-

tra raza, y te encaigo que la cuentes luego á los hombres de ahora para enseñarles la lealtad, el valor, las virtudes impasibles, sea cual fuere la aventura.

»¡Adiós, hijo!

»Es la última vez que te hablo casi directamente; pero ten la seguridad de que el tío Jaime se hallará á tu lado, en tu aire, el día en que pasarás el umbral gastado desde hace mil años por los pies de los ascendientes.

»Con ambas manos sobre tu cabeza, hijo, te bendigo.»

Firmado: «Monsieur de Guibray.»

—Era un hombre excelente, después de todo, dijo el barón Gilberto reconciliado.

Pere Pedro, muy grave, retenía mal sus lágrimas. El tío Jaime, más grande que nunca, llenaba su visión, instalándose en su corazón soberanamente.

En el acto se dispuso á obedecer las órdenes de ultratumba; entabló las negociaciones oportunas, trabó conocimiento con abogados, procuradores y hombres de negocios, que no le hicieron formar mejor opinión de la humanidad. Mil dificultades, mil obstáculos, retrasaron la ejecución de su proyecto.

Lo que el tío Jaime se había figurado que sería cosa fácil, muy sencillo; lo que el mismo Pedro se imaginaba del todo claro, se complicó y se puso turbio desde las primeras tentativas.

Desde luego, el propietario actual, Clemente Faulque—descendiente de Miguel, lacayo traidor, asesino y ladrón de bienes,—se declaró poco dispuesto á vender el castillo, fuese cual fuese el precio ofrecido; no necesitaba dinero, puesto que estaba riquísimo; no habitaba aquellos desmantelados muros, pero les tenía apego por costumbre.

Acabó, sin embargo, por consentir en principio, sin conocer el nombre del comprador; pero al saber quién era, se retractó.

Esta vez era una cuestión personal y al mismo tiempo una cuestión política; los Faulque y los Guibray no podían ser vecinos sin hacerse sombra uno á otro; además, él, republicano ardiente, en manera alguna quería introducir en el país una porción de noblecillos amigos de recuerdos y de restauración.

Aumentóse la oferta.

Faulque vaciló de nuevo, alegando la voluntad de su hija, que odiaba históricamente á los antiguos señores de la finca. Una oferta de mayor precio le decidió, sin embargo, á hacer caso omiso de los sentimientos de su familia; pero entonces notaron que los bienes primitivos, fraccionados, no se hallaban en poder de un solo propietario; había parcelas á derecha é izquierda, dispersadas, divididas en pequeñas propiedades sombríamente defendidas por campesinos avaros y celosos de su tierra.

Hubo que ir comprando y zurciendo, todo lo cual duró más de tres años, durante cuyo tiempo Pedro supo lo que eran los cuidados de la fortuna y la amargura de las transacciones.

En fin, contra doscientos veinte mil francos obtuvo casi enteramente la reconstitución de la antigua finca, se hizo dueño del castillo, una ruina, y de tierras vendidas por el triple de su valor, incluso arenales y montañas estériles, plantadas de pinos muy claros.

La gente del pueblo se burlaba del parisiense y de su extraño negocio, porque nadie sospechaba qué interés particular, qué interés sentimental impulsaba á aquel comprador á todo trance; y el nombre de Guibray (salva la particularidad, juzgada indiferente, de ser el mismo del pueblo), no despertaba ninguna desconfianza, ninguna curiosidad, ni siquiera ningún recuerdo. Al cabo de cien años, el sueño del olvido era pesado como plomo.

Hubo también discusiones acerca de los muebles, carcomidos, pero de época, que subsistían diseminados por las salas del castillo, y á propósito de los archivos, que Pedro exigía, ante todo, completos é intactos, sin que nadie pusiese en ellos una mano temeraria, sacrilega.

Sobre este punto, Clemente Faulque se hizo de rogar tanto más cuanto que ignoraba profundamente lo que pudiese contener aquel montón de pergaminos polvorientos, hacinados desde siglos atrás, en que ni él ni su padre habían aventurado nunca la menor mirada apreciadora, sin duda por una especie de temor reverencioso para con las cosas del pasado... quizá también por un sentimiento secreto, pero real, de que todo aquello no les pertenecía en absoluto. ¡Sabe Dios lo que allí podría encontrarse! Era vasto el campo de las hipótesis... Hablábale en voz baja de un tesoro escondido.

Entonces Pedro replicaba: «¿Si, por milagro, algún tesoro existe, ¿á quién pertenece, sino á los herederos directos de los antiguos barones?»

Una vez que se hubo todo arreglado, que todo estuvo en orden, el joven, maduro á la vuelta de

tantos procedimientos, tuvo al fin el derecho incontestable de tomar posesión de los dominios reconquistados.

Durante las negociaciones de compra y los debates contradictorios, temiendo una decepción final, Pedro no fué una vez siquiera á ver de cerca aquellos terrenos, aquellas piedras que compraba con verdadera pasión. Obró de lejos, por conducto de intermediarios y procuradores; y aquel día de verano, en que su coche corría por la carretera llana, era el de su entrada en el país histórico.

Todas sus impresiones son nuevas. Descubre un mundo, va á encontrarse enfrente de cosas y seres desconocidos, cuyos aspectos y almas llenan sin embargo su espíritu desde su más tierna infancia; mundo adivinado, aspectos preconcebidos, almas descontentadas con recelo; conjunto temible, emocionante, coloreado de recuerdos, empañado de aprensiones.

Pero, á pesar de todo, como es muy joven, su pensamiento ha sido distraído un instante por la visión de una gola deslizándose sobre el agua azul, bajo el cielo claro, y en la cual se distinguía una silueta de mujer, seguramente hermosa, que manejaba el remo con brazos nerviosos.

El río tuerce y la carretera también; se acerca el instante de los primeros encuentros del hombre con los paisajes; los paisajes descritos por la palabra ardiente y el gesto enérgico del tío Jaime.

Pedro, medio levantado en el coche, abre grandemente los ojos y contempla. Reconoce uno por uno los accidentes del panorama, de antiguo referidos y cuya descripción que dó grabada en su joven memoria. Ya llega.

A su derecha se alzan las vertientes fugitivas y sarnosas de los Pelards, después de la aldea de San Martín de la Garenne; á su izquierda, en medio del agua, empieza la Isla Grande, bordeada de sauces viejos, roídos, manchados con el lodo de las antiguas crecidas del río, herizada de álamos esbeltos, mecidos por el viento. La perspectiva se agranda, en un horizonte lejano, espléndido, en que brillan como espejos anchos remansos de agua, deslumbradores bajo los reflejos del cielo.

Pedro saluda este primer panorama reconocido; el espíritu del tío Jaime, que vibra en torno de él, sopla estas palabras: «¿Estás contento? ¡Aquí las tienes á nuestras tierras... acuérdate!» La emoción le forma un nudo en la garganta, sus ojos se turban un instante; venera á los antepasados y sus tradiciones, se estremece bajo el orgullo legendario de su raza. Es un Le Tenant de Guibray de pies á cabeza, mientras se siente el corazón endurecido por un rencor contra aquellos campesinos olvidadizos del pasado.

¡Pobre muchacho! Nunca oyó más que una sola voz de prevención, contando una sola historia, y muy mal informada, por informada que estuviese; y esa

historia, juzgada bajo aspectos diversos, se prestaba más que ninguna otra á la contradicción.

Donde le sorprende no encontrar más que olvido (ingratitud, según él), debiera sorprenderle no tropezar á cada paso con odios y maldiciones, si, como él cree, la memoria de los hombres debe prolongarse de siglo en siglo, y unir estrechamente los actos de los vivos con los sentimientos de los muertos.

bajo la negra forma de aquellas aves de rapiña, se continúan quizá, después de una serie de encarnaciones, las almas tumultuosas de los antiguos barones, sus abuelos, dueños del país, señores del bosque, del río, del monte y del llano.

Pero, un momento después, su mirada se entristece; divisa más lejos y más abajo la nueva morada construída ochenta años atrás, durante el primer

Imperio, por los usurpadores de los bienes, por aquellos Faulque malditos cuyo crimen ha quedado impune. La opulencia de esta vastísima casa, comparativamente nueva, entristece, relegándolo á la noche de los tiempos, el viejo castillo feudal, agrietado, como cubierto de cicatrices.

Hay ahora dos castillos en el país: el antiguo y el nuevo; el de los señores legítimos y el de sus vasallos, hoy sus iguales por la injusticia y la cobardía de las nuevas leyes sociales.

Le parecen demasiado cerca el uno del otro; se va á ambos por el mismo camino: hay que pasar por delante de la verja de los Faulque para llegar á la poterna de los Guibray. Los encuentros van á ser diarios, frecuentes, inevitables, y esta perspectiva le irrita de antemano. En la persecución de sus proyectos, en la fiebre de sus empeños sin cesar contrariados, no vió más allá de la adquisición y de la reocupación de la finca; no calculó las probabilidades futuras, los acontecimientos que necesariamente habían de desprenderse de la consecución de su objeto.

Esta vecindad antabla de pronto su alegría. Detesta á esa gente, esos Faulque, esos verdugos, con tanta vehemencia como venera á sus ascendientes, víctimas de aquéllos. No admitirá jamás que pueda dejarle impasible el verlos frente á frente...

¿Entonces?..

El porvenir se nubla, y en sus densos nubarrones rugen ruidos de tempestad...

Reflexiona luego que es natural, casi obligatorio, que Clemente Faulque en persona lo reciba en el umbral de la casa y le entregue

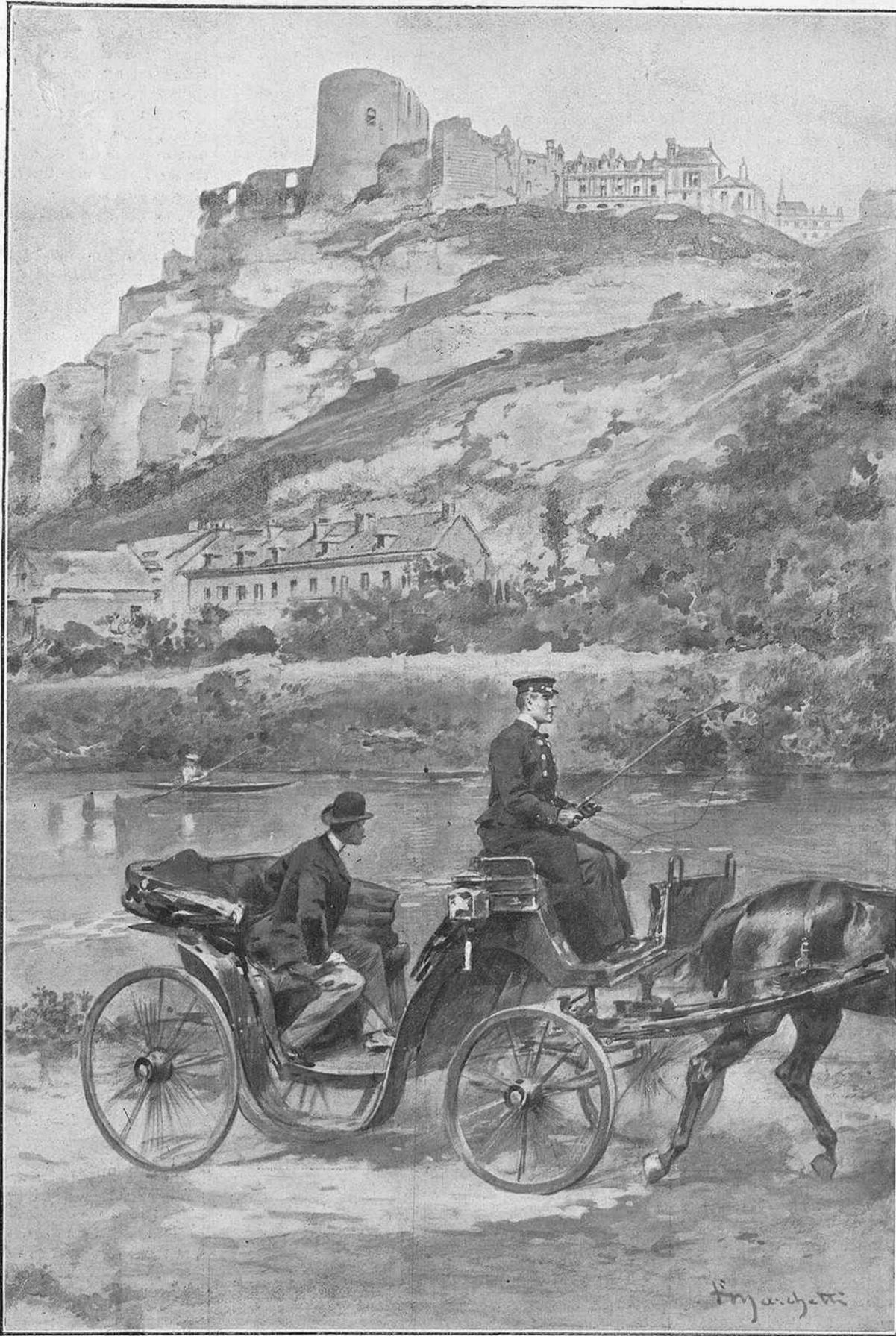
las llaves ofreciéndole afablemente sus servicios.

A esta idea yergue la frente y pone un gesto dramático. Ya verán cómo lo acoge... Será un primer desquite, una pequeña satisfacción; será también una manera de evitar toda relación futura, de cortar en el acto toda veleidat de conciliación entre dos razas incompatibles.

Otra vez se equivoca profundamente; considera á Clemente Faulque como un lacayo, porque lo fué su abuelo. No sospecha la importancia social del personaje á quien piensa anonadar con una mirada y hacer temblar bajo un gesto de amo; muchas desilusiones le están reservadas.

Después de haber pasado los muros de un pequeño cementerio nada triste, apenas melancólico, el camino se desvía del río y penetra en una arboleda.

(Se continuará.)



Paralelamente una gola por el río azul y un coche por la carretera blanca

Bruscamente, su corazón late con más fuerza; dominando el río, las riberas y las colinas, embarazando el cielo, ve levantarse ante sí las ruinas formidables, la torre del homenaje, que cuenta más de mil años de existencia, firme en su base, testigo de épocas muertas, solitario orgulloso, cuya masa compacta se burla de la debilidad de los muros derruidos.

«¡Adelante, Guibray!»

«¡Esta es tu casa!» murmura en el viento la voz del tío Jaime.

Los ojos de Pedro no se apartan ya de aquellas piedras augustas, frecuentadas por los fantasmas de sus antepasados.

Una bandada de cuervos se posa un instante sobre la torre, con gran ruido de aleteos y graznidos.

Alucinado, dispuesto á todas las creencias y á todos los prodigios, Pedro no está lejos de creer que,

las llaves ofreciéndole afablemente sus servicios.

A esta idea yergue la frente y pone un gesto dramático. Ya verán cómo lo acoge... Será un primer desquite, una pequeña satisfacción; será también una manera de evitar toda relación futura, de cortar en el acto toda veleidat de conciliación entre dos razas incompatibles.

Otra vez se equivoca profundamente; considera á Clemente Faulque como un lacayo, porque lo fué su abuelo. No sospecha la importancia social del personaje á quien piensa anonadar con una mirada y hacer temblar bajo un gesto de amo; muchas desilusiones le están reservadas.

Después de haber pasado los muros de un pequeño cementerio nada triste, apenas melancólico, el camino se desvía del río y penetra en una arboleda.

(Se continuará.)

## LA TRAVESÍA DEL CANAL DE LA MANCHA EN AEROPLANO.—EL TRIUNFO DE BLERIOT. (Fotografías de M. Branger.)



Bleriot y Anzani, inventor del motor del aeroplano, en Las Baraques, poco antes de emprender el primero su vuelo al través del Canal de la Mancha

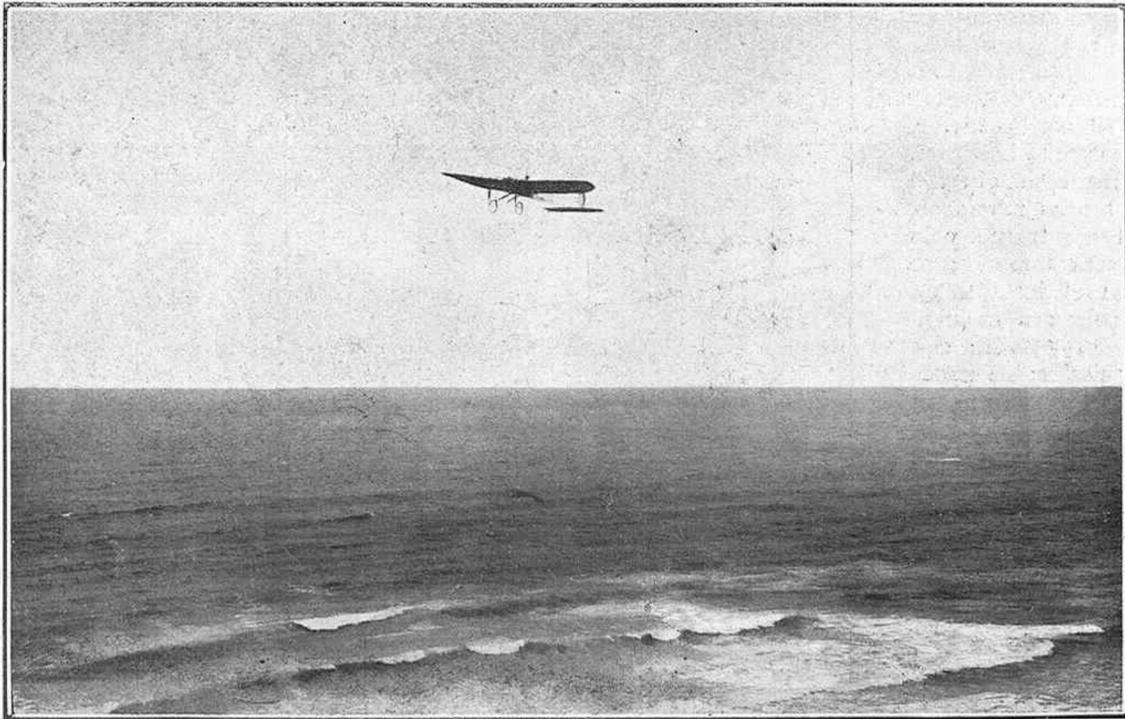
Más afortunado que su competidor Latham, Luis Bleriot realizó el día 25 de julio último la hazaña de atravesar el Canal de la Mancha en su aeroplano.

A última hora de la noche anterior, los dos aeronautas decidieron acometer la tentativa en la madrugada siguiente, Bleriot desde el campo de Las Baraques y Latham desde Sangatte. A las dos, los auxiliares de Bleriot se pusieron en movimiento, en tanto que los amigos de Latham, engañados por una brisa que en aquellos momentos soplaban, no quisieron despertarle, creídos de que el tiempo no era favorable.

Bleriot se hizo cargo de su aparato, despidióse de su esposa, que se embarcó en el contratorpedero *Escopette*, encargado de marcar la dirección y de seguir el vuelo del aeronauta, y cuando su ayudante Le Blanc le señaló, desde lo alto de la duna, que el sol aparecía en el horizonte, Bleriot se elevó por los aires lanzándose sobre el mar y tomando como guía el contratorpedero. Copiemos ahora su propio relato.

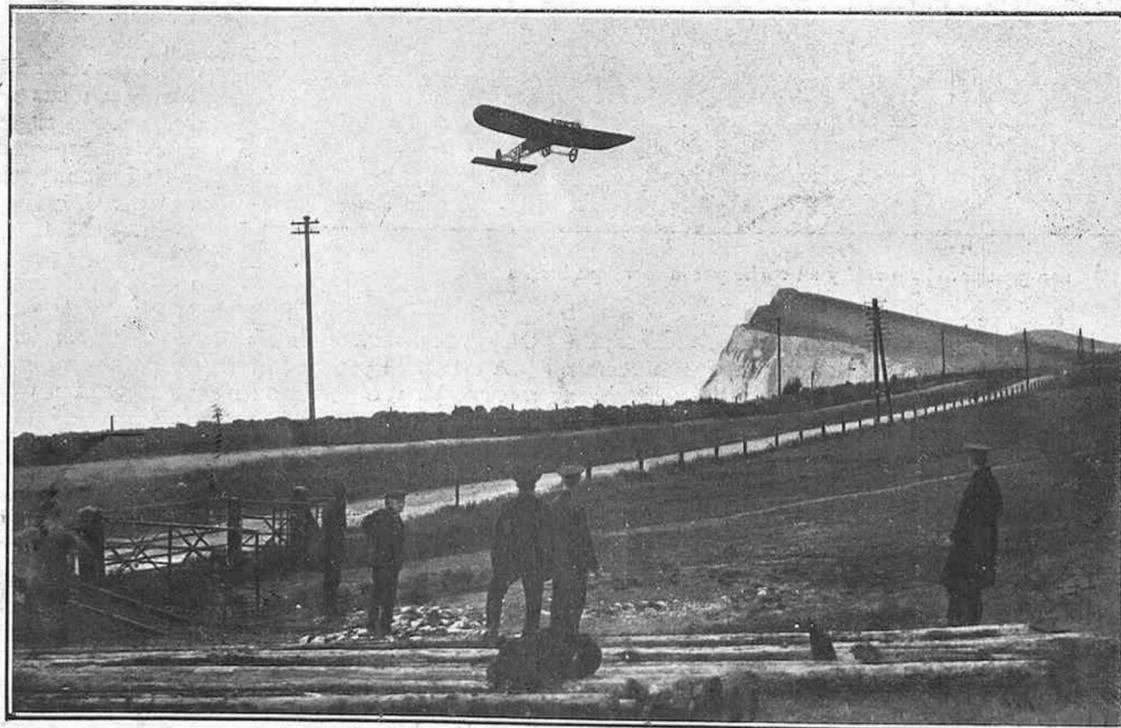
«A dos ó tres kilómetros delante de mí, vi el barco y puse mi rumbo paralelo al suyo; pero mi velocidad, muy superior á la del *Escopette*, me llevó muy pronto encima de él. Mi aparato funcionaba magníficamente, en un equilibrio perfecto y á 80 ó 100 metros de altura; yo preveía la victoria, á menos de una fatalidad. El contratorpedero quedaba ya detrás de mí, pero antes de perderle de vista tuve el cuidado de tomar su dirección rectificando la mía, y me vi solo entre el cielo y el mar.

»Así volé durante diez ó quince minutos, que me



El monoplano Bleriot en los aires sobre el Canal de la Mancha

Fotografía tomada desde el contratorpedero *Escopette*



El monoplano Bleriot poco antes de tomar tierra en los alrededores de Douvres

parecieron muy largos, hasta que al fin divisé, por entre la niebla, la costa inglesa. Dirigíme inmediatamente hacia ella, con ligero viento de costado, y esta circunstancia me llevó desgraciadamente fuera de la ruta de Douvres, error que no reconocí hasta que estuve muy cerca de la costa; por fortuna vi una porción de buques que marchaban hacia la izquierda, y comprendiendo que se dirigían á Douvres, evolucioné hacia la izquierda también á fin de tomar tierra en un punto que yo había escogido, la playa de Shakespeare Hills...

»El viento y sus remolinos aumentaban de un modo alarmante. De pronto distinguí á mi derecha una especie de valle, en la costa brava, la hondonada de Folcland, que me ofrecía un buen lugar para el descenso y que era otro punto por mí elegido. Hacia él hice rumbo; colocado en medio de una pradera llena de edificios rojos, estaba precisamente mi amigo Fontane, quien habíame advertido que allí estaría y agitaría una inmensa bandera tricolor. La vista de la querida enseña me impresionó profundamente; alegréme de haber renunciado á la playa y me pareció que era mucho mejor tocar el suelo amigo inglés en lo alto de aquella costa brava. Pasé, pues, por encima del puerto con sus magníficos buques de guerra y enderecé el rumbo hacia donde me llamaban, pocos minutos después, tomaba tierra en la hondonada de Folcland, algo violentamente á causa de las ráfagas del viento. En el choque se estropeó una rueda y se rompió la hélice, ¡qué importa! ¡Yo había triunfado!»

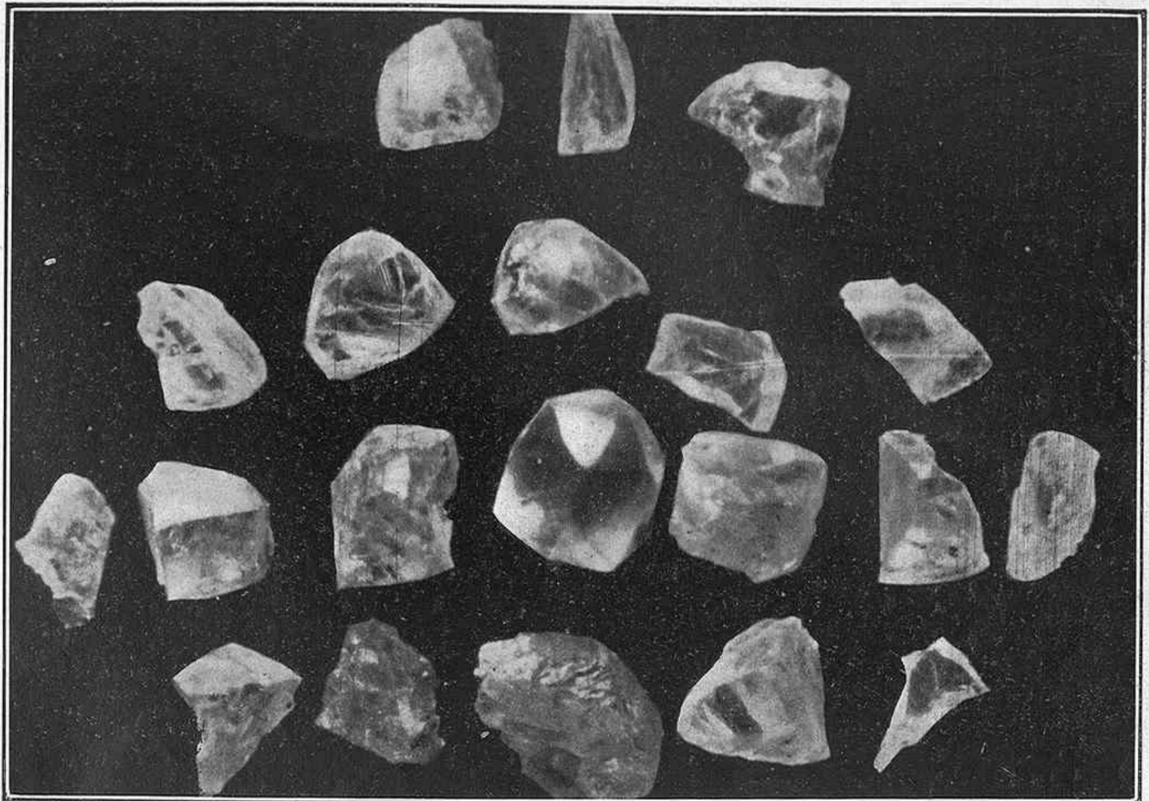
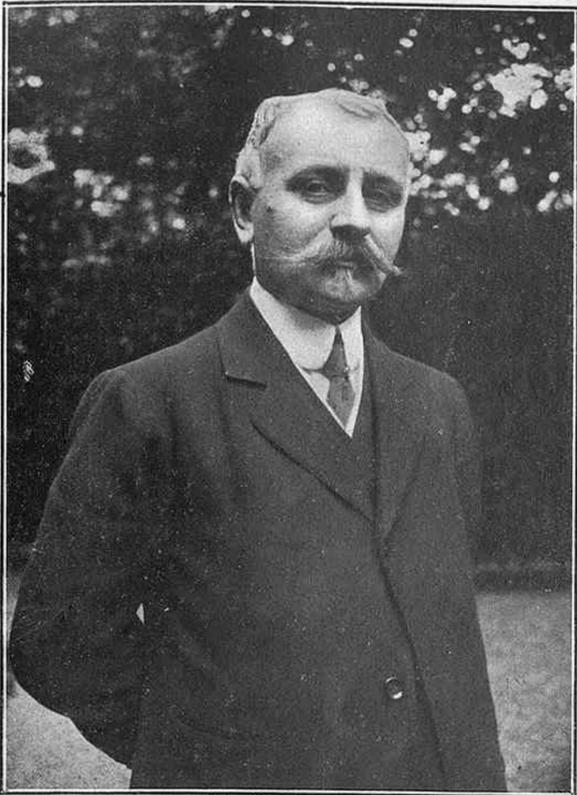
Algún tiempo después, el vencedor se reunía con su esposa y demás personas que iban en el *Escopette* y que sufrieron una impresión tristísima cuando, al desembarcar en Douvres, vieron los muelles desiertos y sin ninguna señal que les diese á comprender que el aeronauta había terminado felizmente su prodigiosa hazaña. De pronto creyeron en un accidente desgraciado; luego comprendieron que la causa de aquella soledad era el rigorismo con que observan el descanso dominical los ingleses.

No tardó, sin embargo, Bleriot en recibir numerosas visitas y calurosas felicitaciones; pero aquella misma mañana regresó á Calais, para volver al día siguiente á Londres á recibir las grandes ovaciones que le tenían preparadas y cobrar el premio de 25.000 francos ofrecido por el director del diario *Daily Mail*.

Ocioso parece decir que su llegada á Calais fué verdaderamente triunfal y que toda la prensa francesa le ha dedicado los más entusiastas elogios. De ellos y de la gloria de Bleriot ha participado también Anzani, inventor del motor gracias al cual el aeronauta ha llevado á feliz cima su atrevida empresa.

Digamos para terminar que Bleriot ha atravesado los 41 kilómetros del Canal de la Mancha en 27 minutos, 21 segundos; debiendo tenerse en cuenta que casi la mitad de este tiempo lo perdió el aviador en los rodeos que por las circunstancias explicadas hubo de hacer.—S.

LA RECONSTITUCIÓN DEL DIAMANTE POR EL VIZCONDE EUGENIO DE BOISMENU



El vizconde Eugenio de Boismenu, inventor de un procedimiento para la reconstitución del diamante y reproducción, en tamaño agrandado, de varios diamantes que dice haber obtenido por dicho procedimiento, hoy sometido al estudio de la Academia de Ciencias de París. (De fotografías de Harlingue.)

El día 13 de abril de 1908, el vizconde Eugenio de Boismenu fabricó por primera vez diamantes, muy pequeños, sí, del tamaño de una cabeza de alfiler, pero diamantes al fin. Comprendiendo, sin embargo, que aquellos momentos no eran propicios para hablar de su descubrimiento, por ser precisamente cuando tanto se hablaba del asunto Lemoine, el vizconde tuvo fuerza de voluntad bastante para guardar silencio.

Mas, deseoso también de asegurarse el mérito de la prioridad del invento, tomó a fines de noviembre último una patente, cuya entrega no se hará hasta un año después de presentada la solicitud, por haberlo así pedido el Sr. Boismenu, autorizado á ello por la ley.

Al mismo tiempo que pedía la patente, el vizconde enviaba á la Academia de Ciencias de París dos pliegos lacrados, uno con la explicación del procedimiento por él inventado y otro con muestras de diamantes fabricados por él. La Academia designó una comisión de tres de sus miembros, los señores

Lacroix, Maquenne y Le Chatelier, para que examinasen las piedras y la fórmula. Uno de ellos, el señor Lacroix, interrogado por un periodista, ha dicho que las piedras son verdaderos diamantes, si bien no podía afirmar que hubiesen salido de los crisoles del vizconde de Boismenu por no haber él presenciado sus experimentos; que el procedimiento que dice haber empleado el inventor, ó sea la electrolización del carburo de calcio, es un procedimiento científicamente posible; y que este descubrimiento, dado caso de que fuese cierto, sería muy interesante desde el punto de vista científico, pero nulo desde el punto de vista industrial, ya que el que obtuviese industrialmente diamantes pequeños no podría estar seguro de obtenerlos grandes.

El Sr. de Boismenu, en cambio, espera fabricar diamantes de gran tamaño, cuyo volumen ha de depender sólo de la duración del experimento, y dice que contrariamente á la teoría de Moissan no es indispensable elevar el calor del horno eléctrico á un grado muy alto. Afirma que ha hecho experimen-

tos de nueve, diez y doce horas, en cada una de las cuales ha obtenido piedras cuyo volumen aumentaba según la duración de aquéllos, llegando á conseguirlas hasta de algo más de dos milímetros y medio, pero sin que las pruebas pudieran pasar de doce horas.

Por otra parte, el inventor, que es dueño de una fábrica de Levallois Perret, no pretende ser un hombre de ciencia; dice que es simplemente un industrial, conocedor del horno eléctrico.

Es de suponer que el invento del vizconde de Boismenu será debidamente estudiado por los sabios y que sus experimentos serán fiscalizados por personas competentes y que, por ende, antes de poco sabremos si se trata de un descubrimiento real y positivo, que sería de grandísima importancia, ó de una superchería por el estilo de la de Lemoine.

En el entretanto, nos ha parecido de interés, siquiera como nota curiosa, publicar el retrato del vizconde y la reproducción, en tamaño agrandado, de los diamantes que dice haber fabricado con su procedimiento.—P.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS**  
 Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle*, *Littre*, *Salva* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.  
 Montaner y Simon, editores. — Aragon, 309 y 311. Barcelona

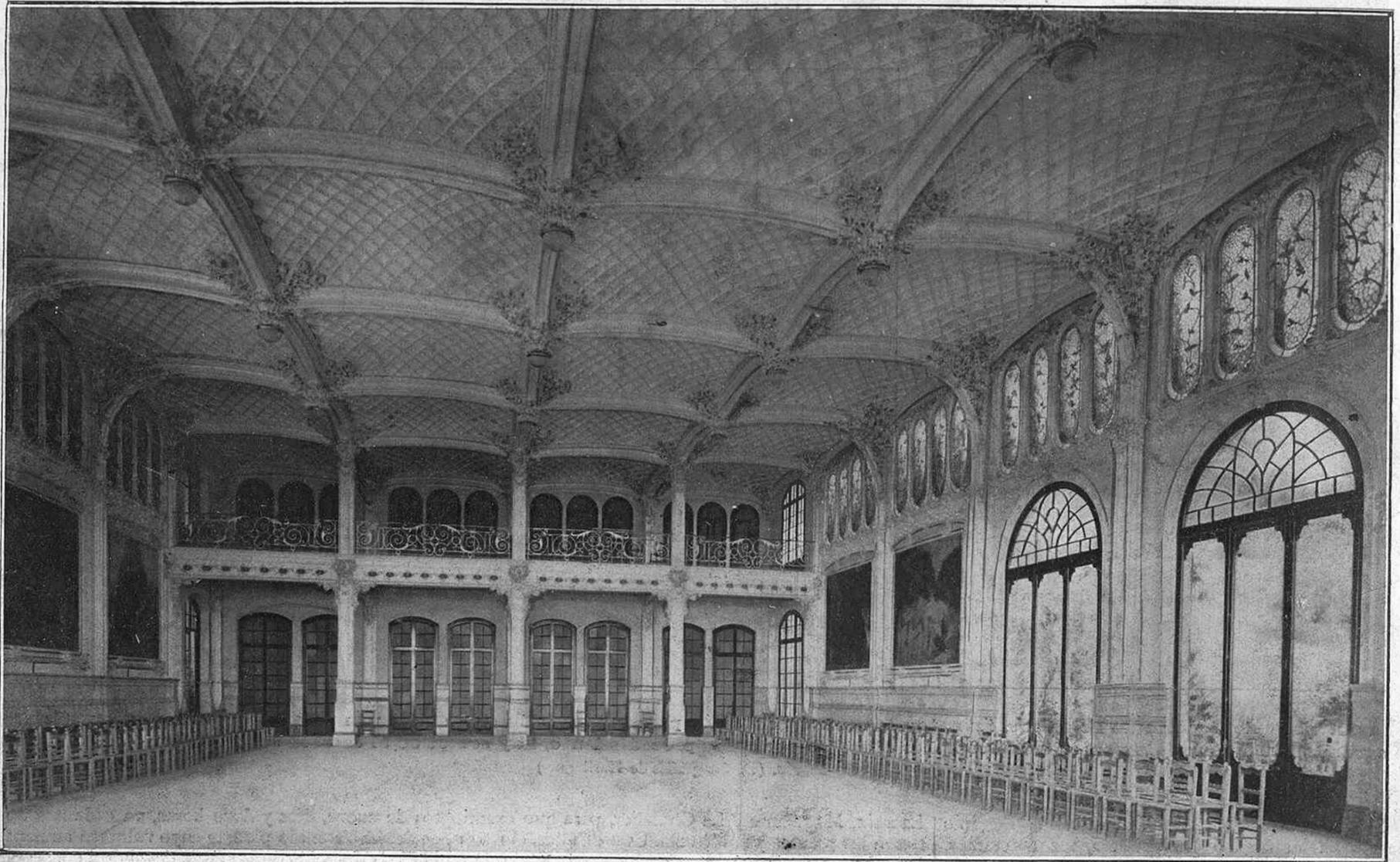
**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
 Exigir la Firma **WLINSI**.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
 LOS VERDADEROS Y EFICACES  
 PRODUCTOS BLANCARD

**PILULE de BLANCARD**  
 ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.  
 EXIGIR LA SIGNATURE  
 APROBADAS por la Academia de MEDICINA  
 al IODURO de HIERRO INALTERABLE  
 DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES  
 DEPÓSITO: BLANCARD & C<sup>o</sup>, 40, R. Bonaparte, París.

Paris  
 Data de 1849  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 Casa GANDÈS  
 B<sup>o</sup> St-Denis, 46

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
 EL **APIOL** DE LOS D<sup>OS</sup> RES  
**JORET-HONOLLE**  
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS  
 F<sup>ia</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



Barcelona. —Salón de fiestas construido por la Sociedad «El Tibidabo,» en la cumbre de la montaña de este nombre é inaugurado recientemente. (De fotografía de nuestro redactor A. Merletti.)

Este hermoso salón inaugurado hace pocos días con una brillante fiesta á beneficio del Patronato de Cataluña para la lucha contra la tuberculosis, álzase en la cumbre del Tibidabo y ocupa una superficie de 700 metros cuadrados, siendo su altura de 14 metros. Es de forma oval y tiene numerosas puertas vidrieras y ventanas con cristales de colores. En uno de sus lados se ven cuatro hermosos lienzos pintados por Nestor y el decorado del conjunto es rico y elegante; la iluminación consiste en 600 lámparas eléc-

ticas caprichosamente distribuidas en el techo y en las paredes entre ramajes de metal. Rodea exteriormente al salón una galería de tres metros de ancho, desde la que se goza de un panorama espléndido. La dirección del edificio ha corrido á cargo de D. Mariano Rubio, ingeniero jefe de la mencionada sociedad, quien ha tenido por colaboradores á los Sres. Font, Fuster, Campmany, Florensa, Espinagosa, Coll y á Gelabert.

**ROB**  
BOYVEAU - LAFFECTEUR  
\* Célebre Depurativo Vegetal \*  
cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
Todas Farmacias.

INFLUENZA RACHITIS  
ANEMIA **VINO AROUD** CLOROSIS  
\* \* \*  
CARNE - QUINA - HIERRO  
El más poderoso Regenerador.

**ANEMIA** DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el El más activo y económico, el unico inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

REMEDIO DE ABISINIA  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**  
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, Paris, que envía gratis su curioso librito.

**PATE EPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN